

EL CONTRATO HISPANO-INDIGENA: LA PROVINCIA DE CHICOANA

Myriam Tarragó

El estudio etnohistórico de las poblaciones aborígenes del Noroeste Argentino en el siglo XVI es una tarea de gran valor para la reconstrucción del pasado prehispánico.

En el presente trabajo se ofrecen fuentes arqueológicas novedosas que contribuyen a tal propósito.

Entre las colecciones más importantes del Museo Arqueológico de Cachi, valle Calchaquí, provincia de Salta, se encuentra el conjunto de piezas que procede del cementerio hispano-indígena de *Cachi Adentro* (SSalCac 9).¹

Con motivo de la organización de dicho museo², tuvimos oportunidad de entrar en contacto con los materiales y al encarar el registro, llevar a cabo su descripción. Desde aquella época, nos quedó la preocupación por intentar su estudio y la correlación con las fuentes escritas, tarea que sólo recientemente pudimos acometer.³ A partir del encuadre que nos proporcionan estas fuentes, brindamos una descripción de los aspectos más destacados de dichos materiales de acuerdo con los datos registrados en

¹ El mérito del descubrimiento y de la exhumación del cementerio le corresponde al Sr. Pío Pablo Díaz, Director del Museo, quien comprendiendo su valor y ante el riesgo de su pérdida por la acción de saqueadores, inició su exploración en 1967. Gracias a su empeño, la colección se halla hoy nucleada en las dependencias del Museo.

² Tareas que llevamos a cabo en 1969 mediante un contrato con el Superior Gobierno de la Provincia de Salta.

³ Gracias al apoyo de dos becas de investigación que nos otorgó el *Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales* (1979, 1980-81). Se publica aquí parcialmente parte del trabajo resultante con el auspicio y la autorización expresa de dicha institución.

las fichas del museo más la información complementaria que nos proporcionó el Sr. Díaz.⁴ Haremos hincapié en particular, en el conjunto cerámico por su valor diagnóstico en cuanto a la génesis del grupo y a la posibilidad de comparación con otros sitios e intentaremos algunas interpretaciones desde el punto de vista étnico e histórico.⁵

1. LA PENETRACION HISPANICA

Con el propósito de lograr un encuadre histórico y cronológico, mencionaremos aquí, de los variados datos disponibles sobre las poblaciones indígenas del Noroeste en el siglo XVI, aquellos que se relacionan más estrechamente con la región donde se ubica el cementerio bajo estudio, dejando para otra oportunidad el manejo detallado de fuentes y los distintos aspectos y cuestiones que presenta la etnohistoria de estas poblaciones.

Las primeras entradas en tierras andinas argentinas desde el Alto Perú, primero la de Diego de Almagro en 1536, luego la expedición de Diego de Rojas en 1543 y por último la de Núñez de Prado en 1549, hacen mención de la provincia o valle de Chicoana. Las referencias que se disponen sobre la expedición de Almagro son particularmente importantes desde el punto de vista aborígen, por ser el primer contacto con esta región y porque guiado por informantes incas en su viaje a Chile, siguió la ruta que los incas tenían por los "diaguitas", como lo precisa Góngora Marmolejo. Muy probablemente este camino real sea el mismo que Matienzo describió treinta años después.⁶

Tanto el ejército de Almagro como el de Rojas se detuvo un tiempo en dicha provincia, lo que abre la posibilidad de que se hayan efectuado los primeros intercambios o por lo menos, la obtención de objetos españoles por parte de los grupos locales puesto que en ambos casos se produjeron *guacavaras* o sea muestras de oposición al paso de los españoles. Del mismo modo, otro dato interesante es el hecho de que la gente de Chicoana tenía noticias de la existencia de "gallinas de Castilla" y de un gran

⁴ Colega y amigo a quién agradecemos, entre muchos otros favores dispensados, el poder estudiar y publicar dicha colección.

⁵ Referencias sobre este sitio se hallan en trabajos anteriores publicados en colaboración con P.P. Díaz (1972), con Víctor Núñez Regueiro (1972) y con Mónica De Lorenzi (1976) así como en nuestro intento de síntesis de 1974.

⁶ González de Prado, P. Probanza de méritos y servicios . . . 1543 (1548), en Levillier, R., P.M.S.C.T., 1919-20, t.1, p. 1 y sigs.; Núñez de Prado, J. Probanza . . . 1551 (1563), id., p. 68-132. Góngora Marmolejo. Historia de Chile, Santiago, 1575. Matienzo, J. de. Carta al rey, La Plata, 2-1-1566, en Levillier. Audiencia de Charcas . . . , t.1, 1918, p. 168-179 y en *Relaciones Geográficas de Indias*, t.2, apénd. III, p. XLIII-XLIV, 1885.

poblado adelante, hecho que según Levillier, fue conyuntural pues hizo cambiar el itinerario de Rojas para dirigirse a la que es hoy la provincia de Tucumán.⁷

Aunque sería deseable disponer de más datos sobre esta provincia prehispánica de Chicoana, las referencias rescatables muestran que se trataba de una provincia ubicada en sierras y tierras "fragosas" pero fértiles con abundantes "bastimentos de pan é carne". Según Oviedo, Almagro logró reunir "*dos mill hanegas de mahiz*". Parece haber tenido mucha población y sus dominios abarcaban setenta leguas o más de señorío.⁸

El problema de la ubicación del territorio de Chicoana y de la identificación del asiento o población cabecera ha sido largamente debatido por diversos estudiosos a través del tiempo. La duda surge a partir de la existencia actual de una población y un departamento con este nombre en el valle de Lerma, al sur de la ciudad de Salta. No obstante este factor de confusión, que ha llevado a algunos investigadores modernos como Montes (1959: 89) y Fock (1961: 69-70) a aceptar esta posición actual, la mayoría de los estudiosos se inclina por la ubicación prehispánica en algún punto del valle Calchaquí, entre otros Cabrera (1926), Cornejo (1934) y Ardissonne (1940) pero, en particular, en el sector del valle comprendido entre Cachi y Molinos. Por esta última localidad se inclina Levillier, por San José, al sur de Cachi, Lizondo Borda (1943) y en los alrededores de Seclantás la ubican Boman (1908), Fortuny (1972) y Reyes Gajardo (1958). Este último autor es quién mejor sintetiza las pruebas documentales a favor de la posición original en el valle Calchaquí utilizando como base el itinerario de Matienzo, al mismo tiempo que demuestra que el pueblo homónimo en el valle de Lerma, se habría formado a partir del traslado y extrañamiento de pueblos de ese origen hacia la boca de la quebrada de Escoipe, donde hacia 1696, estaba bien definido el pueblo y la doctrina de San Pablo de Chicoana (Vergara y Romero Sosa 1968).

Hasta 1581 parte de los pueblos Chicoana se encontraban todavía en Calchaquí según se puede inferir de las informaciones reunidas por el Lic. Hernando de Lerma entre los pobladores de Santiago del Estero para elegir el mejor sitio donde establecer una ciudad que fue luego San Felipe de Lerma, mientras que en 1588, con motivo de la campaña de Ramírez de Velasco contra los calchaquíes, la entrada al valle se efectuó por "chicoanas, indios repartidos a Salta".⁹ Es decir que durante ese lapso deben haberse producido los primeros repartimientos y quizás los prime-

⁷ Cieza de León, P. Guerras civiles del Perú, 1877, t.2: Guerra de Chupas, p. 312.

⁸ Fernández de Oviedo y Valdés, G. Historia general y natural . . . , 1855, 3a. part., t.4, p. 264.

⁹ Reunión del Cabildo de Santiago del Estero del 23 de julio de 1581 convocada por Hernando de Lerma, en Levillier, Nueva crónica, t.3, 1928, p. 272-92. Carta de Ramírez de Velasco al rey y testimonio de Luis de Hoyos, el 19 de abril de 1588, en Calchaquí, editado por Levillier, P.G.T., 1920, t.1, p. 240-46.

ros traslados. Es posible que, como lo plantean Vergara y Romero Sosa (1968), el movimiento de gente chicoana hacia el valle de Salta se haya producido a partir de 1577 con los intentos de fundación de San Clemente (II y III) en dicho valle, en relación con los cuales se comenzaron a instalar fincas de españoles en la zona.

La siguiente mención que sugiere un nuevo desplazamiento está dada en una carta del Gobernador Albornoz en 1633, época del gran alzamiento diaguita y debido a lo cual un grupo de familias de pulares y chicoanas se trasladaron hacia Salta huyendo de tal situación. Por último, la instalación del pueblo y doctrina de San Pablo de Chicoana o indistintamente, San Pedro de Pulares, se habría dado como tal por el extrañamiento de los últimos grupos de este origen desde el valle Calchaquí a dicha zona por el Gobernador Mercado y Villacorta al finalizar las últimas guerras, alrededor de 1666.¹⁰

Cabe señalar otro aspecto interesante de la posición de Chicoana. Mientras que desde un punto de vista geográfico, la región de Chicoana estaría situada en la parte media del valle Calchaquí en sentido estricto, para los informantes de aquella época, se emplazaba en la zona donde comenzaba el valle para ellos dado que la entrada común desde Salta era por la Cuesta del Obispo, hecho sobre el cual existen diversas informaciones relacionadas con los períodos de guerras y las campañas de los gobernadores Ramírez de Velasco y Albornoz. Este último, en su carta al rey desde Santiago del Estero, el 29 de abril de 1631, explicita al referirse a la campaña que preparaba al Valle, “[de San Miguel de Tucumán]”, “*pasé la ciudad de Salta, que es por donde siempre han entrado al Valle mis antecesores*” y en cuanto a la reunión de fuerzas debían entrar, “*por Londres que es principio del dicho Valle [. . .] por Tucumán que es su medio [. . .] y por la dicha ciudad de Salta, que es la otra parte del valle*”. Hay también información de los religiosos que accedían al valle, como el viaje del obispo Julián de Cortázar en 1622, por dicha cuesta del que habríase originado el nombre actual.¹¹

Por ende la zona de Cachi y Cachi Adentro está en estrecha relación con la problemática de la provincia de Chicoana y con una de las vías básicas de acceso de españoles y religiosos al valle.

Otra provincia prehispánica importante que los españoles encontraron a continuación de Chicoana es Quiri Quiri. Aunque también con respecto a ella existan discrepancias en cuanto al área abarcada, desde la parte infe-

¹⁰ Boman, E. Tres cartas de gobernadores del Tucumán sobre Todos los Santos de la Nueva Rioja y sobre el gran alzamiento. Universidad de Córdoba, 1918, p. 34, citado por Reyes Gajardo, Poblaciones indíg. . . , 1958, p. 31.

¹¹ Carta de don Phelipe de Albornoz, en Levillier, Nueva crónica, t.3, p. 413-14. Documento de Cortázar en Levillier, Papeles eclesiásticos . . . , t.1, p. 310 y sigs.

rior del valle Calchaquí hasta la zona de Londres como la coloca Montes, sin embargo, hay datos acerca de que el asiento o parte central se encontraba en los Tolombones, como se refiere claramente de una de las cartas de Ramírez de Velasco de 1588¹². Es el kirikiri incaico como lo señala L. Strube (1963), otro importante hito en la red troncal. El sitio arqueológico de Tolombón con excelentes ruinas de un poblado y fuerte prehispánico, se emplaza precisamente en la zona de unión de los dos grandes ámbitos geográficos que constituyen los Valles Calchaquíes. Estos son el valle del río Calchaquí que viene desde el norte y el valle de Yocavil o Santa María con escurimiento inverso, cuya confluencia se produce al oriente de Cafayate para formar el río de Las Conchas. Es lógico pensar que esta provincia de Quiri Quiri debió atectar por lo menos el valle de Santa María que posee importantes ruinas prehispánicas e hispano-indígenas como las de Fuerte Quemado y Caspinchango. Muy probablemente, se extendería hasta la zona de Quimivil o Londres según los datos y documentos que aporta Montes (1959), tan interesantes, por otro lado, con respecto a la intervención en la región de mitimaes Inca.

En relación con esta provincia, se encuentra una de las fundaciones de la ciudad del Barco llevadas a cabo por Nuñez de Prado. En 1551, éste decidió trasladar la ciudad ante los problemas de jurisdicción con Chile y con Villagra desde su posición en tierras tucumanas (Cañete) al valle de Quiri Quiri, como informa Alonso Díaz de Caballero en su carta al rey del año 1564, a veinticinco leguas más hacia el Perú que el anterior emplazamiento. Esta instalación tampoco duró mucho, antes de un año se quemaron los víveres y bastimentos y Nuñez pasó la ciudad a los Juríes (Barco III), a corta distancia —media legua— de las de Santiago del Estero de Aguirre.¹³ Levillier opina que las veinticinco leguas alcanzan al norte de San Carlos. En ese punto o en las inmediaciones debió elevarse Barco II, en las cercanías de la desembocadura del río Calchaquí, es decir en la zona de unión arriba mencionada.

Es digno de señalar en este desarrollo, que estas dos primeras denominaciones territoriales y étnicas —Chicoana y Quiri Quiri— van desapareciendo paulatinamente de las fuentes después de Nuñez de Prado, a medida que cobra fuerza la reacción armada contra el español, fenómeno que se configuró en torno a la figura y al papel que jugó don Juan Calchaquí, "señor principal" o cacique que "señorea todos los valles". La palabra Calchaquí apareció por primera vez en una carta de Aguirre de 1556, para ser luego repetida con frecuencia creciente sobre todo a partir de 1562, con el primer gran levantamiento indígena. Desde entonces, la

¹² Calchaquí, 19 de abril de 1588, en op. cit.

¹³ En Levillier, P.M.S.C.T., t.1, p. 430. Reyes Gajardo en op. cit., transcribe parte tomada de James Freyre, *El Tucumán colonial*.

expresión Valle o provincia Calchaquí reemplaza a las dos anteriores en los documentos y normalmente va acompañada de la aclaración los "diaguitas de Calchaquí", o los calchaquíes "tribu diaguita", con lo cual se precisa la relación étnica de estos con las poblaciones de los otros valles del interior del NO. argentino.

Ocho años después del intento de El Barco, en 1559, el teniente de gobernador Juan Pérez de Zorita, dentro del plan de fundaciones de ciudades destinadas a rodear y dominar a dichas poblaciones nativas, estableció Córdoba en Calchaquí después que Julián Sedeño lograra sujetar a los calchaquíes por haber caído preso Chumbicha, hermano de Juan Calchaquí, en Tolombones (Levillier 1927-28, 1: 211-15).

Nuevamente fue muy breve el lapso que permaneció esta población española. En 1562, expulsado Pérez de Zorita por Gregorio de Castañeda y desligados los aborígenes de los compromisos de paz que habían pactado con aquel, se levantaron violentamente ante las vejaciones de que los hiciera objeto este último y por el mal trato dado a don Juan Calchaquí y en pocas semanas arrasaron las tres ciudades fundadas, Londres, Cañete y Córdoba. Esta última cayó el 22 de noviembre de ese año. Por Matienzo sabemos que estuvo emplazada a seis leguas de Angastaco y a cinco leguas de Tolombones, lo que determina relaciones necesarias de situación entre estos pueblos.¹⁴

Recién después de quince años, en 1577, el Gobernador Gonzalo de Abreu volvió a hacer una entrada al valle y a encarar una nueva fundación —San Clemente de la Nueva Sevilla— en el asiento de *Zamalamao*, lugar que parece coincidir con las ruinas del Barco II y Córdoba, y cuya posición habría estado según Reyes Gajardo (1958) y Levillier (1928:40), en los alrededores de San Carlos. El emplazamiento era estratégico: "*y dada vista al valle y considerando la disposición del y horden que para la guerra se devia tener me parecio este asiento de çalamao el más cómodo y aparejado del Valle por estar junto a las fuerzas de los naturales, de un cabo Calchaqui, Chumbicha y otros y chiquana, pulares y otros muchos de la otra, lugar bien aparejado para conquistarlo y pacificarlo todo*". . . Así informaba Abreu al virrey, en carta del 20 de marzo de 1577. Justamente, la estratégica elección del gobernador, parece haber sido la sentencia de muerte de esta ciudad.¹⁵

Al principio logró éxitos con los indígenas, entre otros aspectos por el hecho de que había apresado al cacique Chumay, "*señor deste Asiento de çalamao*", y que estaba casado con una hija de Calchaquí. Pero la importancia fundamental del sitio para los aborígenes los llevó a una gran concentración de fuerzas, más de siete mil indios registran los documen-

¹⁴ Matienzo, carta del 2-1-1566, en op. cit.

¹⁵ En Levillier, P.G.T., t.1, p. 60.

tos, y poco tiempo después, en el domingo de Ramos, fue despoblada trasladándola Abreu al valle de Saíta donde hizo dos nuevos intentos también frustrados de fundación (San Clemente II y III). Otra prueba de fundación encarada en el siglo XVII por Albornoz —Nuestra Señora de Guadalupe en 1631— se superpuso sobre las destruidas Córdoba y San Clemente como el mismo gobernador lo destacó.¹⁶

Si bien se dieron estos ensayos de fundaciones en la parte sur del Valle, debe destacarse que durante más de cincuenta años el valle Calchaquí se matuvo libre de la acción española mientras que de los contactos esporádicos ocurridos, hacia los años 80, habían incorporado a sus abundantes cultivos con regadío, el trigo y la cebada y tenían “*ganados de Castilla, de los que tomaron a los españoles cuando los mataron é hicieron despoblar*”, según informa Sotelo de Narváez.¹⁷

En cambio, con el advenimiento de Ramírez de Velasco a la gobernación (1586-1593) se inició una nueva etapa para las poblaciones del valle con profundos cambios que irán modificando paulatinamente su situación y condiciones de vida. En el aspecto militar, su campaña de pacificación de 1588-89 logró sus objetivos. Recorrió el Valle en toda su longitud de “35 leguas” forzando a la paz a las poblaciones. De regreso a Santiago del Estero llevó consigo al hijo del difunto Juan Calchaquí con el propósito de inculcarle las normas y la religión española. En el aspecto social completó esta acción poniendo en práctica las ordenanzas dadas por Abreu a inspiración del Virrey Toledo y a través de las cuales se reglamentó el traslado y reducción de pueblos indígenas. Correlativamente se implementó la acción evangelizadora sobre los aborígenes. En 1586 había arribado al Tucumán el P. Barzana quién acompañó a Ramírez de Velasco en su campaña y colaboró con él en el trato con los indígenas y en la comisión para lograr la paz con los calchaquíes.¹⁸

En 1595 el obispo Trejo encomendó a los jesuítas las misiones en Calchaquí en calidad de párrocos. A fines de siglo, los padres Juan Romero y Gaspar de Monrroy ya se encontraban actuando en el ámbito vallisto. Según nos cuenta Techo, recorrieron diversas poblaciones administrando el bautismo y tratando de desterrar sus antiguas costumbres y creencias. Pero su éxito fue más limitado de lo que trata de mostrar el cronista. Diego de Torres en la *carta anua* de 1611, dice refiriéndose a los padres J. Darío y H. Morelli:

¹⁶ Carta del gobernador de Tucumán, don Felipe de Albornoz, a S.M. en San Miguel de Tucumán, 15 de diciembre de 1631, en Levillier, Nueva Crónica . . . , t.3, p. 418-22.

¹⁷ Relación de las provincias de Tucumán que dio Pedro Sotelo Narváez al presidente de la Audiencia de Charcas [1582], en *Relaciones Geográficas* . . . , t.2, p. 143 y en Levillier, op. cit., t.3, p. 324-32.

¹⁸ Carta de Albornoz ya citada. Levillier, Nueva crónica, t.3, 1928, parte: consolidación de la conquista en el norte, p. 154-234.

'estanenunperpetuo riesgo entreaquella gente, quees muy barata, y fiera, y enemiga por extremo de españoles'...

Y agrega más abajo,

*'Ay eneste Valle indios devarias naciones, pero tres son las principales que son Calchaquies, Pulares, y Diaguitas estos sonlos mas soberuios yuelicosos diuididos en veinte pueblos, yaunq ayentreestos algunos Xpianos nosauen cosas deDios, / . . / q aunq los dela Comp^a auian estadoalla dos ueces una elPe Varçcana, y otra elPe Ju^o Romero, yel Pe Gaspar de Monrroy, yentonces les enseñauan algo, fueles fuerza salirse, porque los españoles entrauan, ycon esto presto se oluidauan, ytanto q apenas se acuerdan delos Pes. aunq se acuerdan ymucho delos agrauios delos españoles, ylos refieren muchas ueces.'*¹⁹

La residencia de San Carlos Borromeo en Calchaquí se estableció en forma estable hacia 1617²⁰, y poco tiempo después la doctrina de Santa María a partir de las cuales la Compañía de Jesús instrumentó su acción evangelizadora durante varios años con altibajos. En 1627, los mercedarios que habían reemplazado a los jesuitas son expulsados por los aborígenes. Esto coincidió con los complejos sucesos relacionados con el Gran Alzamiento durante el gobierno de Albornoz, que tan bien documentara Montes en 1959 y que en su lapso total se extendió desde 1630 a 1643.

Recién en ese año se restablecieron las residencias jesuíticas hasta 1658 cuando por orden de Bohorquez debieron abandonar San Carlos que fue incendiada por aquél. Estos cruentos sucesos del último período de guerra de los Calchaquíes²¹ contra el español culminaron con las tres campañas de Mercado y Villacorta entre 1659 y 1666.

Por una carta del gobernador don Lucas de Figueroa y Mendoza enviada al rey con fecha 20 de noviembre de 1662, sabemos que después de su primer campaña, Mercado y Villacorta *'venció y desnaturalizó del Valle de Calchaquí la nación de los pulares, que en 9 pueblos alistaban 400*

¹⁹ En la colección *Documentos para la historia argentina*, 1927, t.19, p. 95. Bs. As., Facultad Fil y Letras, Inst. Invest. Históricas.

²⁰ Fecha estimativa sobre la base de los datos de las *Cartas anuas* por las que se inclinan Boman en su *Antiquités* . . . , 1908, t.1, p. 23 y Carbajal, *Excursion* . . . , 1939, p. 431; por 1618, Reyes Gajardo op. cit.

²¹ V. Teresa Piossek Prebiach, *La rebelión de Pedro Bohórquez (1656-1658)*. Bs. As., Juárez Editor, 1976.

indios de pelea”, entre muchos otros pueblos como Cafayates, Zamalambos, Animanas, Colalao y Tolombones, pero el informante aclara que, sin embargo, aún quedaban por conquistar y desnaturalizar de dicho valle hasta 14 leguas incluyendo los Quilmes, Amaychas, Calianes, Yocaviles y los *Caspinchangos* entre otros grupos de los cuales

“no se puede saber con certeza su número, porque ni se han dejado empadronar, ni á los padres de la Compañía, que los asistieron 14 años, han querido manifestarles ni descubrirles lo interior de sus quebradas y riscos, donde viven sin admitir la fe católica ni nuestras armas, siempre idólatras y con vicios encrimes”. . . (Larrouy 1914, apéndice A, p. 24).

Sobre la base de esta información, tendríamos que tanto grupos de pulares que quedaban en la zona del valle de Cachi como los Caspinchangos, de donde procede otra de las colecciones hispano-indígenas más importantes del NO., sufrieron procesos de extrañamientos y traslados en la misma época final con una diferencia de cuatro a cinco años.

En consecuencia, en el ámbito de los valles calchaquíes recién a mediados del XVII comenzó el período colonial propiamente dicho con la instalación permanente de los religiosos, la construcción de templos y pueblos españoles y el reparto efectivo de tierras y encomiendas.

En relación con el sector del valle que interesa para los datos arqueológicos analizados, encontramos en la carta del 25 de agosto de 1719 que el gobernador del Tucumán, Esteban Urizar y Arespacochaga, envía al rey con el estado de las encomiendas, los siguientes datos: *“El pueblo de Payagasta [. . .] a su encomendero, que lo es en última vida Don Luis Arias Navamuel, y parece confirmada por Real Cédula su fecha en Zaragoza en 9 de junio de 1646”*; con 23 indios.

“El pueblo de Cachi goza en primera vidadel Maestro de Campo Don Pascual de Elisondo [. . .] a su encomendero, cuya merced se le hizo en el Real nombre por sus méritos y servicios: parece confirmada por Real Cédula su fecha en Madrid a 18 de noviembre de 1694”; con 24 indios.²²

2. EL CEMENTERIO HISPANO INDIGENA DE CACHI ADENTRO

El cementerio, que fue registrado como sitio número 9 del departamento de Cachi, provincia de Salta, se halla ubicado a 8.5 km al oeste del pueblo de Cachi, dentro del ámbito del Valle Calchaquí en la margen derecha del río de Las Cuevas o de Las Trancas. La unión de este río con

²² En Larrouy, Documentos del archivo de Indias . . . , t.2, 1927, p. 37 y 34, respectivamente.

el de Las Pailas forma el río Cachi que desemboca en la margen derecha del río Calchaquí, al norte del pueblo actual.

El emplazamiento en la parte alta de uno de los conos de deyección que descienden hacia el río y por encima del nivel de los campos cultivados, favoreció la preservación de objetos de madera, de hueso e incluso, en una de las tumbas, restos de abundantes tejidos que envolvían un cadáver en proceso de momificación natural.

Los entierros, sin ningún tipo de señal superficial, se encontraban diseminados entre dos líneas de montículos con orientación norte-sur.²³ El número de tumbas exploradas por Pío P. Díaz alcanzó a quince, aparte de las removidas por los exploradores de las que tan sólo se conservan algunas piezas.

El tipo de tumba corresponde a la caracterización de *pozo y cámara lateral*, siendo esta clase de enterratorio muy excepcional en los Andes Meridionales. Se trata de fosos hemisféricos, como hornos de pan, excavados desde un costado en depósitos sedimentarios firmes. La boca o entrada, de forma aproximadamente rectangular, se disponía a un costado de la bóveda, generalmente hacia el este y estaba tapada por dos o tres lajas planas dispuestas horizontalmente, y en muchos casos, trabadas con cantos rodados. La profundidad de la boca con respecto a la superficie podía variar de 1 a 1,50 m (Fig. 1a, 1b).

Las tumbas descubiertas fueron todas individuales, diferenciándose las de los niños por su menor tamaño. Los sepulcros de adultos tenían alrededor de 1 m de altura y 1,40 m de diámetro en la base, mientras que las de los niños medían 0,40 m de altura por 0,50 m de diámetro. En cuanto a la distribución, parece que guardaban una cierta alineación, disponiéndose a unos dos metros una de otra. Entre las tumbas de adultos se encontraban las tumbas pequeñas para párvulos. En ningún caso se hallaron urnas funerarias, hecho que consideramos diagnóstico, al igual que el tipo de tumba, para la interpretación cronológica y cultural del sitio.

En lo que se refiere a la forma de las tumbas, la excavación de los fosos se realizaba por un costado (Fig. 1b). Esto explicaría la forma abovedada del techo y su permanencia sin desplomarse por tratarse de sedimentos compactados no removidos.

Salvo un caso, que mencionamos *supra*, los restos óseos estaban deteriorados por la humedad y la acción de raicillas. Pero de acuerdo con las observaciones de su descubridor, los cadáveres se colocaban flexionados

²³ Como señaláramos en 1974, p. 214, fig. 7, aún no se ha podido establecer la correlación entre este cementerio y un extenso yacimiento que comienza pocos metros al oriente, aunque es muy probable que estén conectados. Problemas de carácter financiero, han impedido al Museo emprender su relevamiento y estudio.

sobre el costado izquierdo, el dorso apoyado contra la pared sur del sepulcro y la cara mirando hacia el norte.

El ajuar funerario aparecía agrupado en el sector norte de la tumba y resultó siempre muy abundante sobre todo en alfarería, ollas toscas y decoradas conteniendo restos de alimentos y tapadas por un puco pequeño con la concavidad hacia arriba. En cada caso, los pucos estaban adheridos a la boca de la vasija con barro batido. Acompañando a las ollas, se encontraban varias escudillas apiladas, una encima de la otra y en la superior, restos de alimentos, puntas de hueso o manojos de palitos. A este ajuar base, podían asociarse puntas de lanza de hueso, astiles de flechas, arcos, pastillas de ocre, objetos de hierro y cobre, collares de vidrio, etc.

Un indicio de ritual mortuorio estaría dado por manchas negras de una sustancia resinosa y adherente que pudieron observarse sobre las paredes de la tumba y de las vasijas a modo de salpicaduras ocurridas con posterioridad a la colocación del ajuar funerario. Otro hecho del mismo carácter es la capa de ocre que recubría muchos de los objetos y cuya presencia debió constatarse con mucho cuidado dado que desaparecía fácilmente en las tareas de limpieza de las piezas.

Fue posible detectar un caso de dos tumbas superpuestas. La boca de entrada de la más superficial se halló a 0,83 m de profundidad. Estaba rellena de tierra —hecho que normalmente no ocurre en este cementerio a diferencias de las “cistas” santamarianas— por efecto del deslizamiento y asentamiento del relleno. En este enterratorio se recuperaron cinco ollas con su correspondiente puco como tapa que contenían restos de alimentos, tres escudillas, dos cántaros pequeños morfológicamente gemelos, un cantarito que tenía en su interior dos *huevos de gallina* y placas rectangulares de cobre.

La segunda tumba, más profunda, tenía la boca a 1,90 m de profundidad. Guardaba en su interior el siguiente material como ajuar: ocho ollas con restos de comida, algunas decoradas con el diseño característico de este sitio, dos ollas de cocina con restos de hollín, una ollita con pie de compotera tipo Caspinchango, un instrumento de madera con tres perforaciones, siete escudillas, algunas decoradas en negro sobre el fondo rojizo pulido y una pastilla de ocre para teñir de rojo.

En otros aspectos, cabe destacar que se encontró un sólo cadáver con vincha de lana, en ningún caso apareció de cobre. Asociado a este cuerpo, en la misma tumba, se extrajo uno de los cuernos de vacunos recuperados en el sitio, así como pedazos de cuero curtido con la textura de la gamuza, al parecer fragmentos de un saco de los españoles.

El otro cuerno de vacuno se recuperó de una de las tumbas más grandes y profundas, asociado a varias ollas decoradas con restos de alimentos,

ollitas con pie tipo Caspinchango, diez pucos decorados y otros sin decoración apilados como era la costumbre, discos de cobre, elementos de hierro, entre estos últimos, el cuchillo mejor conservado (Fig. 9), una hebilla de un cinturón español, puntas de hueso, astiles de flechas y fragmentos de tela. Como era normal en todas las inhumaciones apareció un manojito de palitos recortados y uniformes, encima del ajuar y cerca del esqueleto, en el sector norte de la misma.

3. DESCRIPCION DE LA COLECCION

El conjunto de materiales con procedencia de este sitio y que ha sido incorporado al Museo Arqueológico de Cachi sobrepasa las quinientas piezas. La mayor parte proviene de las quince tumbas excavadas por el señor Díaz, mientras que las restantes son ejemplares sueltos obtenidos por donación. Llama la atención el número elevado de objetos por unidad de tumba; en las inhumaciones de adultos el ajuar podía incluir de 30 a 40 piezas, en su mayor parte cerámica. Si bien en las tareas de registro no se pudo llegar a deslindar los materiales por unidad de entierro, esta dificultad pudo superarse en la etapa de análisis al constatar una gran igualdad en la colección sin ningún elemento extraño o discordante que estuviera indicando tumbas de épocas muy diferentes. A lo sumo, puede haber diferencia de años entre las mismas, pero todos los materiales sugieren que la población representada participaba del mismo proceso, contacto con los españoles durante la primera época de la conquista sin señales todavía de dominación e hispanización.

3.1. Alfarería

La *fabricación* de las vasijas²⁴ se ha efectuado por enrollamiento a partir del disco que constituirá la base de las mismas. Esa masa inicial era tan gruesa en el caso de las ollas que ha quedado en la parte interna de las bases una proyección notable a modo de *bubón*, encontrándose esta característica, junto con otras que mencionaremos a continuación, entre los rasgos diagnósticos de la colección cerámica.

La pasta se caracteriza por la presencia de hojuelas de mica dorada. Durante el proceso de fabricación, las hojuelas se han dispuesto paralelamente a las superficies, lo que produce una falta de afinidad entre éstas.

²⁴ Para la descripción, se utilizaron las normas propuestas por la I. Convención Nacional de Antropología, Córdoba 1964 y los criterios morfológicos propuestos por A. Shepard, *Ceramics* . . . , 1968.

y el núcleo central y provoca, por ende, grietas y descascamientos ante el menor contacto con las sales del suelo. Por otra parte, en la alfarería ordinaria —en especial en las ollitas Caspinchango— el tamaño del antiplástico aumenta, se hace grueso y siempre denso, y la pasta es en muchos casos, de textura desmigable.

En general, la cocción es oxidante pero imperfecta por un deficiente control de la oxigenación, lo que da como resultado toda una gama de colores que van desde el rojo ladrillo al castaño y del pardo hasta tonalidades grisáceas.

El tratamiento de las superficies es descuidado con ligero brillo en las escudillas o totalmente mate en las ollas decoradas. Las ollitas con pie de compotera y los cántaros más ordinarios presentan superficies estriadas.

Por su forma, se pueden clasificar las vasijas en cuatro clases. La *forma I* u *ollas*, es la más característica. El cuerpo globular, ovoide, finaliza en un borde evertido por medio de una suave inflexión. No llega en ningún caso a constituir un cuello por la relación entre la altura del cuerpo y la altura total. La base con el característico “bubón” interior es cóncava y siempre se diferencia netamente del cuerpo por una pequeña inflexión. En todos los ejemplares se asocian dos asas en arco, remachadas o adheridas, de sección arrañonada e inserción oblicua. Su posición, a la altura del diámetro máximo de la olla es clave, pues, a partir de ellas se ha realizado la división del campo decorativo (Fig. 3).

Por lo común, estas ollas no son asimilables a un sólido con un eje vertical de revolución, es decir, no son simétricas sino que tienen un leve achatamiento en sentido antero-posterior, por tanto, la boca es de sección elíptica. Dentro de la forma I se dan dos clases de proporciones, la más numerosa es aquella en la que predomina el diámetro sobre el alto de la vasija quedando éste en una proporción del 85 al 90% con respecto al ancho (Fig. 3 a, 3 b). En el segundo grupo, se impone la altura de la vasija en una proporción de 1.10 a 1.15% con respecto al diámetro máximo.

La *forma II* corresponde a las típicas ollitas negras con pie de compotera *Caspinchango* ampliamente difundidas bajo este nombre en la literatura arqueológica argentina a partir de la publicación de los cementerios homónimos por Debenedetti en 1921. Su forma es inflexionada, de cuerpo abultado subsférico terminado en un borde evertido y boca restringida. El rasgo diagnóstico está dado por un pie en forma de pedestal de contorno hiperboloide y base fuertemente cóncava. Esta forma va acompañada por un asa en arco, de sección arrañonada, colocada horizontal o verticalmente. Cuando se dispone en posición vertical, lo usual en otros sitios hispano-indígenas, es labio adherido.

Esta clase de ollitas no sólo es común a Cachi Adentro y Caspinchango sino a muchos otros sitios tardíos de la subárea valliserrana. Precisamente,

se las utiliza como evidencia arqueológica para establecer la contemporaneidad con el español. Es posible que esta forma, en su origen, haya estado emparentada con las ollas incas de pedestal y asa horizontal (Rowe 1944, Fig. 8 j; Deambrosis y De Lorenzi 1973, Fig. 2, 7 y 8). Los ejemplares de vientre más abultado, de mejor manufactura y un asa horizontal, recuerdan a estas vasijas, sobre todo a las derivadas Inca-Paya. Por otro lado, en Cachi Adentro no son muy numerosas, tan sólo representan el 9,2% sobre el total de 330 piezas de alfarería.

La *forma III* está representada por jarros de cuerpo ovoide, borde evertido y un asa labio adherida vertical. Su perfil es bastante similar a la forma II, excepto por el hecho de que en esta última forma falta el pedestal. Suelen ser de color naranja con la superficie externa levemente pulida.

Casi la mitad de la colección cerámica del cementerio (49,8%) está integrada por pucos o escudillas pequeñas, *forma IV*, de color castaño rojizo, de pasta laminar, con mucha mica dorada en las superficies y con la particularidad de poseer paredes muy delgadas. Su contorno corresponde a una sección de esfera terminado en borde directo o diferenciado por un punto de inflexión. Las bases normalmente no están bien marcadas y por lo tanto, no apoyan bien sobre una superficie plana pero sí son muy cómodas para apilarlas como ajuar en las tumbas (Fig. 4). Su altura fluctúa entre 76 y 49 mm, mientras que la boca puede tener un diámetro entre 183 y 122 mm respectivamente.

La *decoración* se ha ejecutado sobre la superficie exterior de ollas (Forma I) y en la superficie interna de pucos (Forma IV) con un pigmento de color negro.

La alfarería decorada representa el 37,2% del total de la colección. El diseño se ha realizado directamente sobre la superficie castaño-rojiza o sobre un engobe rojo en el caso de las escudillas o blanco-amarillento en las ollas. Este engobe aparece muy poco fijado, de tal modo que, en muchas piezas, es muy difícil discernir macroscópicamente si se trata de la superficie natural o si se ha agregado alguna capa a modo de baño. En las ollas con fondo blanquecino, éste es muy similar al de la *cerámica Santa María* tanto por las variaciones de tonalidad como por la poca afinidad que tiene con la pasta, pues salta y se deteriora fácilmente.

La ejecución de la decoración es muy descuidada, constituyendo su característica primordial las líneas de diferente grosor y tonalidad y las "chorreaduras" producidas al mover el pincel cargado de pintura. Del mismo modo, no se observan patrones decorativos claramente definidos. El diseño se limita a la repetición de unos pocos motivos geométricos en varias combinaciones pero, en todos los ejemplares observados, ocurren errores de cálculo en su distribución y ubicación simétrica. La falta de

un patrón en la repetición lleva en muchos casos a la desnaturalización del mismo motivo. Este fenómeno es muy claro en el motivo espiralado que llega a representarse habiendo perdido, sin duda, su sentido y contenido original, por óvalos-triángulos concéntricos muy irregulares tanto en su forma como en su trazado (Fig. 2, C 1, C 2).

Bajo estas características generales, los motivos se pueden agrupar en cinco categorías²⁵, con algunas variantes y combinaciones. El primero es el *óvalo* que puede aparecer como dos óvalos concéntricos, o simple, ya sea relleno de puntos negros, con puntos negros y una cruz, o con un punto y cuatro prolongaciones rectas hacia abajo, lo que recuerda tal vez a un ojo con pestañas. Este es el único caso en que podría sugerirse una representación figurativa (Fig. 2, A 1 - A 4).

El segundo motivo es el *triángulo* lleno, de color negro, que puede presentar las siguientes combinaciones: 3 a 5 prolongaciones rectas en la base, un pedúnculo o línea perpendicular que se desprende del vértice del triángulo (B 2), dos triángulos negros opuestos por el vértice y bordeados lateralmente por una hilera de puntos negros (B 3), dos hileras en posición vertical de triángulos opuestos por el vértice que forman una guarda negativa de rombos (B 4) o dos hileras de triángulos contrapuestos pero alternados lo que da como resultado una guarda negativa en zig zag que puede incluir o no líneas quebradas (B 5). El triángulo puede también aparecer bajo la forma de áreas triangulares de mayor o menor tamaño, simples o con triángulos concéntricos que contienen en su interior otros motivos complementarios, tales como un triángulo negro (B 6), un óvalo (B 7) o reticulados (B 8) (Fig. 4 y Tarragó y De Lorenzi 1976: Fig. 5).

La *espiral*, tan frecuente en las alfarerías tardías de los valles Calchaquíferos y de la quebrada de Humahuaca, se presenta en esta colección como unidad aislada (C 1) o formando guardas (C 4), con la peculiaridad ya señalada de encontrarse ejecutada, en la mayoría de las piezas, por líneas angulares en vez de curvilíneas (C 2) o interrumpida y reemplazada por óvalos irregulares (C 3). Un motivo espiralado doble que se presenta en la decoración de un puco (C 5) se asemeja a uno que aparece en los platos Inca Paya.

El cuarto es muy particular y diagnóstico de esta colección. Se podría describir como un *motivo espigado* simple (D) constituido por un eje o raya recta o suavemente sinuosa de la cual se desprenden una serie de rayas que se insertan en forma oblicua (Fig. 4, D 1, D 2). Pueden repetirse varias veces en el mismo sentido formando un panel (D 3). Este dibujo es el que más se utiliza en la decoración de las ollas, mientras que en los cuencos suele aparecer a veces como relleno de áreas cuatupartitas (E 5).

²⁵ Unidades mínimas a través de cuya repetición y combinación se articula la decoración de las piezas estudiadas.

Menos frecuentemente el motivo espigado se combina con otros, como ondas o triángulos llenos (D 4 y D 5).

El quinto motivo, muy popular también, está formado por una hilera de *ondas* llenas (E 1 y E 2) o delineadas en negro y rellenas de puntos (E 4), que puede estar colocada en las ollas en posición vertical u horizontal y en los pucos, en forma de guardas festoneadas circulares que delimitan el campo decorativo.

En cuanto a las guardas empleadas para establecer la segmentación del diseño en campos decorativos y secciones, pueden estar formadas simplemente por dos líneas rectilíneas simples (F 1) o con otros motivos incluido, verbigracia, líneas paralelas perpendiculares (F 2), hileras de triángulos negros opuestos alternados (B 5 y F 5) junto con líneas quebradas (F 3), reticulados oblicuos (F 4) o un juego de tres líneas onduladas (F 6) (Fig. 2).

El *patrón decorativo* en las *ollas* se caracteriza por la división en dos campos opuestos por medio de un plano vertical que corta a las asas por el centro (Fig. 3). Luego, cada campo primario es subdividido en dos sectores desiguales —el inferior siempre es más pequeño— por un plano horizontal que pasa a la altura de la inserción de las asas o un poco más abajo. El tipo de guarda utilizada para la fragmentación es F 1 o F 4. El área inferior suele presentar una línea espiralada o voluta achatada de largos trazos (C 3) que llena todo ese sector o puede combinarse en un panel con hileras de ondas (E 3). El sector superior, el área principal de la decoración de las ollas, puede incluir cualquiera de los motivos descritos *supra* pero con mayor frecuencia el motivo espigado (D) y las hileras de ondas (E). Esta forma de segmentación hace recordar los modos usados en el santamariano final del alto valle.

En el caso de los *pucos*, la división puede ser bi o cuatripartita. A partir de una guarda circular de reticulados u ondas en el borde interno del puco, el espacio central puede estar dividido en dos por una banda simple (Fig. 4, a y 4 b) o en cuatro por dos bandas que se cortan en cruz (Fig. 4 c y 4 d). Los cuartos así delimitados pueden estar rellenos de espirales (C3), espigados (D3), ondas (E 3 y E 4). Un rasgo común y por lo tanto diagnóstico, es la decoración del labio con una raya circular como si estableciera el perímetro de la decoración o líneas transversales. Debemos señalar que registramos un caso en que no se cumple esta división del campo, sino que toda la superficie interna de la escudilla aparece decorada con triángulos negros bordeados por otros concéntricos que se van reproduciendo por traslación y reflexión de la unidad decorativa (V. Fig. 2, B 6 y Fig. 4 e).

Fuera de las ollas y pucos característicos, existe en la colección un grupo de piezas únicas, ya sea por su forma o por su decoración, que pueden resultar de importancia para establecer conexiones con otros sitios

contemporáneos o rastrear indicios sobre procesos socioculturales ocurridos durante la última parte del XV y primera parte del XVI.

El cántaro N° 499 con decoración en negro sobre un fondo rojizo castaño levemente pulido, se distingue por su forma compuesta por un cuerpo muy abultado que se prolonga en cuello hiperboloide estrecho, con borde fuertemente evertido y base muy bien diferenciada (Fig. 5 a).

Los cantaritos N° 453 y 454 con aditamentos zoomorfos modelados y aplicados sobre la mitad superior del cuerpo, proceden de la misma tumba y constituyen el único caso con este tipo de decoración (Fig. 5 c, 5 d).

El botelloncito N° 450 de color castaño y leve pulimento muestra la decoración típica: reticulado, espigados y una guarda con volutas (cf. C 4, Fig. 5 e). Su forma, en cambio, es totalmente excepcional con un contorno complejo, bi-esférico y una banda con incisiones aplicadas al pastillaje en la zona de estrechamiento. Su aspecto hace pensar en un tosco candelabro. Pero la pieza realmente excepcional dentro del conjunto, es el cantarito rojo sobre blanco N° 452 (Fig. 5 f). De pasta color ladrillo y bien cocida, está bien manufacturada. Los dos colores usados son espesos y adherentes. Este tipo de guarda es común en la alfarería de Santiago del Estero del Período Tardío, en particular el tipo Sunchituyoc Negro sobre Rojo y también en Famabalasto en Negro sobre Rojo. La decoración roja sobre blanco se da en el Yocavil. Por otro lado sabemos por las asociaciones de tumbas, entre otras las excavadas por nosotros en el valle de Santa María, que el Yocavil es un estilo muy tardío que se entronca con Inca y con Colonial. Por lo tanto, no resulta incongruente la presencia de esta pieza única dentro de la colección. Su pequeño tamaño, 60 mm de altura, hace factible su traslado y su intervención en los movimientos de intercambios entre zonas ecológicas y culturales diferentes.

Del análisis comparativo de este conjunto cerámico con los de otros sitios de época similar o ligeramente anterior, podemos establecer algunas relaciones y sugerencias respecto a la génesis de este estilo, que es, en último término, resultado y evidencia del complejo proceso histórico sufrido por sus fabricantes.

En primer término, corresponde hacer una confrontación con aquellos sitios del mismo período. Parece ser que durante la larga ocupación humana constatada en la localidad arqueológica de Las Pailas, quedaron señales también de la época hispano-indígena. Mientras efectuábamos la excavación en el sitio 3, el equipo detectó en los sedimentos del piso de ocupación de la habitación en "forma de coma" (Tarragó 1974 y 1977: 507, fig. 2), la mitad de una escudilla pardo rojiza levemente pulida que se relaciona, sin duda, con Cachi Adentro, así como otros tiestos más peque-

ños. Cabe destacar, por otro lado, que estas viviendas están totalmente ocultas a los ojos del viajero que transita por los alrededores, pues están totalmente encerradas en el interior de grandes y altos muros que separan los cuadros de cultivo del lugar. Estos hechos pueden estar testimoniando desde el punto de vista histórico el retroceso de las poblaciones de calchaquí hacia los cerros con el doble propósito de ocultarse y dejar vacío el valle principal de gente y provisiones ante el paso de las huestes españolas.

En 1969, durante una visita al antiguo Museo de Ciencias Naturales de la ciudad de Salta, tuvimos oportunidad de ubicar tres piezas cerámicas, dos ollas y una escudilla, registradas como procedentes de la localidad de Piul, en la misma provincia, y que mostraban estrechas similitudes con la colección de Cachi Adentro que acabábamos de estudiar.²⁶

En conexión con la escudilla de Piul y con las existentes en Cachi, podemos mencionar dos escudillas del cementerio de *Catarpe*, en los oasis de San Pedro de Atacama, Chile, registradas bajo los números 762 y 766 como pertenecientes al Colonial de la zona.

En lo que se refiere a los cementerios de *Caspinchango*, encontramos absoluta concordancia en la forma, pasta y manufactura de ollas. Del mismo modo, hay correlación entre las ollitas negras con pie de compo-tera con la salvedad que en Cachi Adentro está presente la variedad de vientre más abultado y asa horizontal no mencionada para aquel sitio.

Las diferencias se dan en los elementos y en la composición del diseño. En Caspinchango es aún más pobre pues se limita a una guarda perimetral en el ecuador de las ollas. Además, aparentemente faltan en ese sitio las escudillas lisas y decoradas que hemos descripto para Cachi Adentro, Piul y San Pedro de Atacama.

Es común en otros sitios tardíos del NO., la aparición de las ollitas negras con pie, tales como Molino del Puesto, Lampacito, Fuerte Quemado, La Paya, Tilcara, pero como bien lo señala Debenedetti no se mencionan ejemplares de ollas ni tampoco de los característicos pucos.²⁷

De los estilos del período de Desarrollos Regionales y que en algún momento se entroncan con el Inca, podemos señalar algunos rasgos aislados que aún perviven en el estilo colonial temprano. De la alfarería santamariana, que tuvo un importante desarrollo propio en la zona de Cachi

²⁶ Pudimos observar estos ejemplares al igual que otras piezas de diversos períodos, gracias a la atención del Sr. O. Maidana, a quién agradecemos su amabilidad. Según tenemos entendido, las piezas de Piul fueron donadas a dicho museo por el Sr. Amadeo Sirolli, quién siempre demostró su preocupación por la recuperación y conservación del patrimonio arqueológico y paleontológico de la provincia.

²⁷ También es posible que haya ejemplares sueltos en las colecciones que no han sido publicados.

con anterioridad al Inca, encontramos ciertos rasgos que continúan en el Hispano, tales como la pasta laminar con abundante mica dorada y los colores y pigmentos usados para la decoración, sobre todo el baño blanco-crema, que es muy semejante en aspecto, textura y calidad. Evidentemente, los grupos últimos continuaron usando las mismas fuentes de materia prima y los colores tradicionalmente usados en la región durante muchos años. En cambio, hay profundos cambios en los patrones decorativos, tanto que prácticamente no existe ningún motivo que se haya mantenido de la misma forma en el Hispano. Tal vez lo más cercano sea el motivo A 4 en forma de ojo, que aparece en una de las ollas, la N^o 295, en los paneles laterales superiores y en posición equidistante cerca del borde, lo que recuerda a los ojos de la representación antropomorfa pintada de las urnas santamarianas.

No hay que olvidar que entre el desarrollo de la sociedad santamariana en el valle y el comienzo del Período Hispano, media un proceso muy importante que afectó a todos los Andes: la expansión del Estado Inca. Y éste, dominante y centralizado, debió dejar sus huellas en las poblaciones de las provincias anexadas. Esto que surge claramente desde un punto de vista teórico, se vio confirmado en la práctica, después de la tarea que emprendimos en cuanto a la descomposición del diseño en unidades decorativas, para analizar luego su combinación concreta en cada pieza. De la confrontación con otros grupos cerámicos hemos llegado a la conclusión que todos los motivos aislados, algunas de sus combinaciones y los principios de segmentación de los cuencos están presentes ya sea en el Inca Cuzqueño o más precisamente, en la forma regional, Inca-Paya.²⁸

Del Inca propiamente dicho encontramos equivalencia entre los motivos A 1 y A 5 y los hispanos B 3 y D 1. En el estilo Inca-Paya, el motivo D 3 corresponde a la guarda con triángulos B 5, el círculo con cruz y puntos D 12 al óvalo similar A 3, la guarda con triángulos y espirales D 13 al C 4 (Deambrosis y De Lorenzi 1973, Fig. 3 y 6). El motivo espiralado doble (C 5) es muy parecido al plato Inca Paya publicado por Boman (1908, t.1: p1,XV, fig. 29). En cuanto al proceso de transformación del motivo A 4, el paso intermedio del santamariano al hispano, parece encontrarse señalado en algunos platos y yuros incaicos de La Paya (Ambrosetti 1907, Fig. 51 y 52. p. 71-3).

Otros aspectos referidos a la estructura del diseño concuerdan, también, tales como la guarda con reticulado F 4 para segmentar o limitar las áreas a decorar y la división cuatripartita en la ornamentación de las escudillas.

²⁸ Seguimos en este análisis comparativo, el código propuesto en el excelente trabajo de Deambrosis y De Lorenzi (1973), síntesis de su trabajo de licenciatura inédito.

Por otra parte, observando la colección Inca-Paya del Museo de Cachi que proviene del sitio Cac 8, Lomas del Oratorio, hemos detectado piezas que muestran una mezcla algo incoherente de motivos, características todas que se repetirán en forma intensificada en el hispano de la misma zona.

En la emergencia de estilos provinciales como el ampliamente difundido Inca Paya, se produjo una síntesis de rasgos de las diversas etnias locales con los patrones y formas de la cerámica oficial bajo la acción unificadora del Estado Inca. Esta síntesis alcanzó distinto grado de uniformidad y fijación según las regiones. Evidentemente, el desarrollo del Inca Paya como tal fue breve. Sin embargo y opuestamente a lo esperado, cuando se produjo la caída de la metrópoli cuzqueña, algunas provincias como las del Noroeste donde se dio una empeñada oposición a la penetración española, las tradiciones y el prestigio del Inca siguieron operando por un lapso considerable, no obstante el proceso irreversible de cambio que ya se había iniciado.

3.2. Artefactos de hueso

Además de una espátula pulida y decorada por grabado, un hecho de carácter diagnóstico fue el hallazgo de 37 puntas de proyectil de hueso en el cementerio. Han sido fabricadas a partir de huesos largos, muy probablemente de camélidos, por medio de tareas de recorte, alisamiento y pulimento. El proceso de fabricación no alcanzó a borrar en el lado interno la cavidad medular en su totalidad. Por este motivo, la sección es plana-concava en la cara inferior y curvada en el anverso. De forma lanceolada, y con un largo de 90 a 120 mm, tienen la característica de ser, por sus proporciones, estrechas y largas. El extremo distal aparece aguzado, sin llegar a ser muy punteagudo mientras que la parte basal o de enmangamiento se estrecha ligeramente y finaliza en un borde redondeado o ligeramente excavado. Las superficies tienen un pulido somero muy inferior a las puntas de proyectil de igual materia prima que se asocian a los sitios incaicos de la zona.

Una de las puntas, la N^o 572, de 108 mm de largo, 15 a 11 mm de ancho y 7,5 mm de espesor, tiene la particularidad de presentar tres pequeñas barbas en la parte central del anverso, producidas por muescas.

Por su morfología, esta colección de puntas de hueso son similares en un todo, a las de Caspinchango (Debenedetti 1921:42-3, fig. 25). Incluso, muestran un grado de deterioro similar a las de aquel sitio.

Con respecto a las puntas asociadas a los sitios Inca Paya, como La

Paya (Cac. 1) y Loma del Oratorio (Cac. 8), la mayor similitud se da con una punta ilustrada por Boman para Casa Morada (1908 t.1: p1.V1, fig. 13 k). En cambio, se observan diferencias bien marcadas con las dos restantes (fig. 13 i, j) al igual que con las ilustradas por Ambrosetti (1902, fig. 11).

Debe señalarse, por otro lado, que las puntas de hueso, cualquiera sea su morfología, no son comunes en sitios arqueológicos del NO., excepto en la época incaica e hispánica. Creemos que es otro de los datos arqueológicos que pone en evidencia la movilidad de los grupos ya sea espontánea o forzada, y la complejidad de los procesos que tuvieron lugar en las décadas aborígenes finales.

3.3. Utensilios de madera

De la colección de 59 piezas recuperadas del cementerio, los artefactos más numerosos son los astiles de flechas y los torteros para los husos. Los astiles aparecieron todos fragmentados y muy deformados por el proceso de desecación. No obstante, aún se observa que estaban bien trabajados y decorados con bandas transversales de pintura clara, probablemente blanca, y líneas grabadas a modo de anillos.

Los torteros son lisos a diferencia de los típicos torteros estrellados de La Paya, siempre decorados por grabado. Predominan los de forma circular de sección plano convexa. En menor proporción, se asocian torteros de contorno rectangular.

Otro aspecto ergológico interesante son las cucharas de madera con una morfología totalmente moderna. Fueron exhumados cuatro ejemplares en buen estado de conservación. En la N° 269, la palita o cuenco de la cuchara continúa el contorno del mango sin ningún reborde. Por el contrario, la cuchara N° 271, de 135 mm de largo, posee un reborde en la zona de unión de la palita con el mango, pero sin aproximarse al tipo primero que describe Krapovickas para la Puna, en las que la pala es un casquete esférico bien marcado y diferenciado del mango. Encontramos que, en conjunto, los cuatro ejemplares son similares al segundo tipo, más tardío, que describe este investigador (Krapovickas 1958-59:66, fig. 7).

Además de estos utensilios, se halló una pala corta, fragmentos de mangos de madera y dos arcos, uno de ellos fracturado. La pieza N° 411, tiene una morfología poco común. De una misma pieza de madera se desprenden dos prolongaciones rectangulares flexibles a modo de brazos que sugieren una función de pinza o broche. Esta pieza es semejante a la pinza de hierro N° 274 (Fig. 7), de la cual parece ser una copia en madera.

3.4. Objetos de metal

Dentro de este rubro es necesario diferenciar dos grandes grupos, los de manufactura indígena y los artefactos de origen español.

Entre los objetos de cobre o bronce con bajo contenido de estaño,²⁹ se encuentra un *topo* o alfiler, N° 309, sencillo, con la cabeza de forma ovalada y una perforación central para colgar. La pieza N° 516, muy probablemente de bronce, es una hoja pequeña de cincel (Fig. 6 e).

Entre los ornamentos, se exhumaron dos discos pectorales fabricados sobre láminas de cobre delgadas. Llevan los números 518 y 519, este último está incompleto. El primero tiene dos pares de orificios de suspensión, ubicados equidistantes entre sí. El N° 519 lleva tan sólo dos orificios opuestos pero de mayor diámetro interno. Sobre una de las caras, muy cubierta de óxido y sales, han quedado adheridas plumas de aves (Fig. 6 a y b).

Al igual que en Caspinchango, aparecieron también aquí cascabeles esféricos de cobre, aparentemente de fabricación hispánica, sobre todo el N° 529, muy semejante a los encontrados en aquel sitio. Como en aquellos, se observan cuatro líneas paralelas en la región ecuatorial. A la esfera se asocia un aro de suspensión perfectamente circular. Muy interesante es el hecho de que apareció fuertemente adherido a la hoja de un cuchillo de hierro (N° 528), resultado de la oxidación de ambos objetos, que estuvieron en contacto durante un largo tiempo (Fig. 7).

Otro utensilio muy peculiar es el N° 522. Parece ser una pequeña campana con dos orificios en la parte superior. De forma tronco cónica hace pensar en un dedal por su forma, tamaño e incisiones, no así las dos perforaciones para suspensión que presenta.

En relación con los adornos corporales que acompañaban a los individuos enterrados, se obtuvieron cuatro piezas de oro, entre éstas dos anillos fabricados con láminas de metal dobladas en espiral (N° 523 y 524). (Fig. 6 c).

Otro hallazgo muy valioso fue un ancho brazalete fabricado sobre una lámina de mayor grosor. La lámina ha sido doblada en forma de un cilindro incompleto a fin de posibilitar su colocación en el brazo (Cáceres Freyre 1963:178). De 86 mm de largo hace pensar en los brazaletes que describen los documentos del siglo XVI, como el de Gerónimo Luis de Cabrera en su Relación sobre Córdoba, donde se mencionan adornos similares que si bien usaban los indígenas de la región algo distante de los centros andinos, sugieren una filiación incaica.

²⁹ No se pudo precisar esto, ante la falta de análisis de las piezas del Museo por especialistas, no obstante las reiteradas solicitudes de las autoridades de la institución. Un topo similar aparece ilustrado por Maidana del sitio Papachacra, Jujuy, 1966.

Pero quizá, el hallazgo más importante como indicador hispánico, sea la cucharita de plata N° 440 que tiene una representación grabada con elementos de valor heráldico en la parte cóncava de la palita (Fig. 8, V. también Apéndice).³⁰ Muy deteriorada y posiblemente fracturada con anterioridad a su incorporación como ajuar funerario, sólo queda parte de la palita y la zona de inserción del mango. El sector conservado tiene 40 mm de largo por 28 mm de ancho y 0,9 mm de espesor. En la parte inferior o reverso se observa parte del engrosamiento de donde partía el mango. De indudable filiación europea, los indígenas le efectuaron con posterioridad dos orificios en la parte delgada opuesta al mango con el propósito de colgarla o coserla a las vestimentas como adorno. Si la fractura es efectivamente antigua y por lo tanto anterior a este proceso, indicaría que los aborígenes la usaron con el dibujo invertido. Se trata de un caso típico de contacto cultural en el que la sociedad receptora que introduce los objetos foráneos, al desconocer su significación y función, los usa de acuerdo con sus propias pautas.

En estrecha conexión con este objeto y como indicadores del mismo proceso, se ubica la colección de utensilios y objetos de hierro de la misma procedencia. Además de la pinza N° 274, se extrajo una hebilla de un cinturón de los españoles N° 435 (Fig. 7). Entre los objetos con filo cortante, se cuentan cuatro hojas de cuchillos (números 526, 527, 528 y 530). El mejor conservado es el primero que, por su forma, se asemeja a un cuchillo moderno de hoja ancha. La espiga posee dos orificios para fijar el mango. En uno de los orificios se puede ver aún un clavo incrustado.

Las cuatro piezas restantes (Fig. 7) están muy degradadas por el óxido y parecen corresponder a hojas de instrumentos enmangados, entre ellas un probable fragmento de herradura (cf. un instrumento similar en Maidana 1966) y un cincel.

3.5. Collares de vidrio

Otro testimonio indudable del contacto europeo, está dado por los

³⁰ Para el estudio de este objeto, recurrimos a la consulta con un especialista, el Sr. Oscar Luis Fernández Martínez Berges, del Instituto Genealógico Heráldico de Rosario, quién ha tenido la bondad de analizar una ampliación fotográfica de dicha pieza que se encuentra depositada, como el resto de la colección, en el Museo de Cachi. V. sus valiosas observaciones, que agradecemos muy especialmente, en el Apéndice.

Cabe señalar que, además de esta pieza, existe otra que también parece contener figuras heráldicas. Se trata de un *topo de plata* N° 1806 que no incluimos aquí pues se incorporó con posterioridad a nuestro estudio.

diecisiete collares de cuentas de vidrio de hermoso aspecto y variado colorido (Fig. 9).

De varias clases y calidades en cuanto al proceso de vitrificación y al grado de transparencia, por lo general aparecieron mezcladas en los diversos entierros.

Los collares más numerosos están compuestos por las cuentas esféricas azules, el tipo más común que suele aparecer en los sitios arqueológicos de la región. De 6 a 8 mm de diámetro, corresponden a los collares inventariados bajo los números 339, 344, 346, 353, 354.

El collar N^o 350 de cuentas esféricas, color verde botella, posee las superficies brillantes y con tal transparencia que se visualiza el conducto central y el hilo que lo atraviesa (Fig. 9 a).

El collar N^o 349 es el único que está integrado por cuentas esféricas blancas. De superficies brillantes pero opacas, tienen formas irregulares y de distinto tamaño, aproximándose el diámetro medio a 7 mm.

Los collares descritos hasta aquí presentan los mismos tipos de cuentas y variedades que los de Caspinchango, según las descripciones publicadas por Debenedetti. Entendemos, por otro lado, que entran dentro de la primera y segunda clase que establece Boman en su excelente memoria sobre Viluco (1920).

Otra variedad de gran belleza está dada por las grandes cuentas prismáticas de color turquesa o azul ultramarino registradas bajo el número 347 (Fig. 9 b). De superficies muy pulidas, están conformadas por tres capas de vidrio, la externa es de color azul o verdoso transparente, la del medio es blanca opaca y la interna, azul transparente. Las cuentas finalizan en un borde biselado que deja a la vista las tres capas. Este tipo de cuentas no se presentó en Viluco pero sí en los hallazgos de Tilcara y La Huerta que menciona Boman y en forma esporádica, en los collares de Caspinchango (seis cuentas de las cuales dos son retorcidas).

Otro collar muy bonito y totalmente diferente es el N^o 341 que está integrado por 69 perlas doradas de forma cilíndrica irregular y 6 mm de eje. La superficie externa presenta bajorrelieves con un motivo de un círculo inscripto en un cuadrado. Además parecería estar cubierta por una delgada película de pintura tornasolada que le confiere un brillo iridiscente.

Del mismo modo, llama la atención por ser único el collar N^o 345 (Fig. 9 c) que tiene 31 cuentas esféricas verde azuladas con una decoración de florcitas en blanco sobre rojo. Dos líneas blancas meridianas dividen a cada cuenta en dos partes no siempre hemisféricas, en cuyo centro aparece el motivo de la flor. Varias cuentas tienen concavidades producidas posiblemente por burbujas de aire, y si bien la capa exterior es translúcida, el corazón es arcilloso. Estos dos últimos tipos no parecen estar

presentes en los sitios mencionados aunque sería necesario una nueva indagación sobre el tema.³¹

Por último, debemos mencionar la aparición en Cachi Adentro de dos cuentas (Nº 343) de las famosas *Aggri-Perlen*, cuya historia y descripción aparece en detalle en la monografía de Boman sobre Viluco. Dentro de los límites de tamaño entran dentro de las más pequeñas, con 8 mm de eje y 5 mm de diámetro transversal (Fig. 9). De forma cilíndrica y con los bordes facetados, lo que determina una sección hexagonal, responden a las características típicas del tipo, con cinco capas de vidrio azul, blanco, rojo lacre, blanco y azul. Manufacturadas, sin duda, en los talleres venecianos, resulta de interés la circunstancia que se dejaron de fabricar en el siglo XVI por la introducción de nuevos métodos de manufactura. Si la caracterización de Debenedetti de "cuentas de sección estrellada" sigue la tipología propuesta por Boman, en Caspinchango se habrían recuperado cuatro de estas cuentas, con lo cual se establece un nuevo parámetro de similitud entre estos cementerios y el de Cachi Adentro.

En lo que se refiere al aspecto cronológico, solo pueden ser utilizadas en un sentido amplio, dado que estas cuentas polícromas pueden haberse conservado en los grupos aborígenes mucho tiempo después de su introducción por parte de los españoles. Además, sería necesario el establecimiento de una secuencia de sitios hispano-indígenas bien datados como la cronología que describe G.I. Quimby (1966) en la región occidental de los grandes lagos de Norteamérica a fin de que éstas cobren un valor temporal más preciso. De cualquier forma, es interesante el hecho de que en esa región las cuentas estrelladas y las prismáticas simples y retorcidas son diagnósticas para la época de contacto más antigua.

3.6. *Materiales varios*

Felizmente se conservan de este cementerio trozos de tela de lana de llama y de vicuña pertenecientes probablemente a ponchos, y las más finas, a camisetas interiores. También hay partes de fajas y vinchas decoradas, todas de buena confección, que muestran la destreza que aún pervivía en la tejeduría aborigen. Se encuentran, además, fragmentos de cordeles de fibra vegetal, con cabos retorcidos y trenzados.

Con respecto a los ritos mortuorios, es interesante la presencia de "pastillas" de hematita de forma oval y sección plano convexa que mues-

³¹ En este aspecto, debemos señalar el meritorio esfuerzo que está llevando a cabo el colega Adam Hajduk en Bariloche, donde ha formado un muestrario muy variado de collares de vidrio para un futuro análisis exhaustivo. Agradecemos la información bibliográfica que nos proporcionó, al igual que al Dr. John Hyslop de N. York.

tran en la cara ventral una superficie bien aislada, resultante del frotamiento reiterado de objetos para teñirlos de rojo. El señor Díaz pudo constatar en casi todas las tumbas la presencia de esta capa de polvo rojo que cubría todos los elementos del sepulcro y que debió agregarse, sin duda, en el momento de la inhumación.

A los indicadores de contacto ya mencionados, se agregan dos cuernos de vacunos y dos cáscaras, aparentemente de huevos de gallina. Su presencia es muy importante, pues aparte de posibilitar un nuevo punto de comparación con Caspinchango, confirma, a nivel arqueológico, lo que nos dicen documentos tempranos para el NO. González de Prado, en su probanza, informa que durante la entrada que hicieron a los diaguitas encontraron "*muchas cosas de castilla*" tomadas de los españoles. Treinta años después, hacia 1592, el valioso informe de Sotelo de Narváez citado *supra* confirma la incorporación del trigo, la cebada y del ganado vacuno que estaba produciéndose entre los grupos diaguitas. Evidentemente, dentro del proceso de cambio al que irremediamente estaban sujetas las poblaciones autóctonas del NO., introdujeron bastante rápidamente los aspectos tecnológicos y productivos relacionados con las condiciones de su vida mientras que rechazaban tenazmente otros, como fue el caso de la evangelización y el establecimiento de pueblos españoles.

4. DISTRIBUCION DE RASGOS Y COMPARACION CON OTROS SITIOS

Según la revisión que hemos efectuado y de acuerdo con los resultados descriptos, pensamos que el sitio SSaICac 9 puede ser postulado como el sitio guía del período Hispano-Indígena en el alto valle Calchaquí, no solo por sus características diagnósticas sino también por la abundancia del material recuperado. No hay que olvidar que los hallazgos de Caspinchango provienen de dos cementerios y aún así su número es inferior (Debenedetti 1921:18). En otros sitios arqueológicos muy ricos como Fuerte Quemado³² y el Pucará de Tilcara, los elementos hispánico-indígenas aparecen junto con otros más antiguos que conjuntamente documentan una historia ocupacional considerable, por lo cual resulta imprescindible desglosarlos por época para que cobren su real significado cultural e histórico. Cachi Adentro, al contrario, se presenta como un excelente ejemplo del concep-

³² Por información verbal del Dr. Horacio Calandra, tenemos noticia de que el investigador N. A. Kriskautzky está llevando a cabo un estudio de largo alcance en ese sitio, en el cual ha encontrado interesante material hispano-indígena (cf. Bruch, *Exploraciones arq . . .* 1911:41-100). Por esta publicación se constata la presencia de ollas y pucos en relación con Caspinchango y el Hispano-Indígena, Inca Paya, puntas de hueso.

to arqueológico "unidad de sitio", con restos correspondientes a una sola ocupación, lo que normalmente implica, a su vez, un corto tiempo desde el punto de vista cronológico.

Del conjunto que forma esta unidad, encontramos como rasgos locales, de tradición aborígen no-europea: la alfarería en su totalidad, a excepción de algunos aspectos de las piezas únicas N° 263, 449 y 250; el tipo y la forma de inhumación; los textiles; los artefactos de madera; hueso; piedra y metal, con las excepciones señaladas en cada caso. Como rasgos intrusivos de origen o influencia europea hallamos los artefactos de hierro, los cascabeles de cobre, la cucharita de plata, los collares de vidrio, los cuernos de vacunos y las cáscaras de huevos.

A partir del conjunto de rasgos autóctonos se puede rastrear la identidad étnica y las relaciones inter o intra-étnicas. En este segundo caso, se puede tratar de delimitar grupos contemporáneos que estaban en contacto entre sí, al mismo tiempo que se encontraban afectados por un proceso similar con respecto a la conquista hispánica. También, a través de las similitudes y desemejanzas entre grupos y de éstos con respecto a etnías anteriores que vivieron en la misma región, es factible indagar los orígenes de algunos aspectos de la cultura y tal vez reconstruir la secuencia en la conformación de los grupos tal como los encontró el proceso de conquista.

Por otro lado, por medio de los elementos de origen europeo introducidos en los pueblos, es posible investigar la contemporaneidad de los grupos, así como las concordancias o diferencias que ocurrieron en las situaciones de contacto sociocultural con el español.

En forma paralela el manejo de las fuentes históricas abre la perspectiva de poder precisar el proceso en su secuencia cronológica, los responsables de la conquista y las contingencias en la sucesión histórica de dicho proceso.

Los datos arqueológicos cobran así nuevo sentido, con características más dinámicas e incluso más dramáticas, mientras que las fuentes escritas se enriquecen con nuevos datos y de su confrontación con las evidencias arqueológicas se puede precisar el grado de veracidad o distorsión de algunas informaciones, de acuerdo con los móviles y el papel cumplido por sus responsables. Por ejemplo, cuando se contrastan los dos tipos de fuentes, se hace evidente la incongruencia que existe en los datos que se refieren al tipo de poblaciones que existían en el NO. en la época de contacto. Mientras que los restos arqueológicos muestran que algunos grupos étnicos tenían un importante desarrollo agrícola, tecnológico y demográfico, tales como los de la quebrada de Humahuaca, el Valle Calchaquí, el de Santa María, el de Quimivil y Abaucán, muchos de los documentos se refieren con apelativos como behetrías, pueblos bárbaros, no tienen señor ni lo quieren.

Muy pocos son los que acotan otro tipo de información, verbigracia / el P. Bárzana, Sotelo de Narváez, etc. En estos casos contradictorios, las evidencias arqueológicas adquieren su verdadero valor histórico y son decisivas.

Pasamos a continuación a comparar el sitio Cachi Adentro con otros. A corta distancia del sitio, sabemos que piezas semejantes se hallan en el pueblo actual de Cachi, en el sitio N° 3 de Las Pailas, en Cachi Adentro y en los alrededores del pueblo actual de La Poma.

En cuanto a zonas más alejadas del ámbito de los “valles calchaquíes”, el sitio de Caspinchango muestra estrecha similitud en algunos rasgos, mientras que en otros se dan marcadas diferencias (Núñez Regueiro y Tarragó 1972). Los rasgos comunes abarcan ambas categorías. Dentro del conjunto de tradición aborígen comparten aspectos de la manufactura cerámica en cuanto a la pasta, los colores usados para la decoración de las ollas y la forma de estas últimas, con mínimas variaciones, tanto en la forma I como en la II. También llama la atención la identidad de las puntas de hueso en ambos sitios, dada la rareza de aparición de esta clase de artefactos y las diferencias que las distinguen de las de época Inca. Por otra parte, es muy posible que hayan compartido las mismas técnicas y costumbres en la preparación de las vestimentas.

Pero es en los rasgos intrusivos europeos donde las coincidencias son casi totales. En ambos están presentes cuchillos y hebillas de hierro, cascabeles de cobre, cuernos de vacuncs y collares de vidrio, con la salvedad que en Cachi Adentro hay mayor variedad y cantidad de estos últimos, tanto en términos absolutos como en proporción al número de sepulcros exhumados. Las similitudes van más allá, aún en la negación o ausencia de algunos hechos, como son los signos de evangelización que falta en ambos, aspecto muy importante, pues colocaría a las dos poblaciones en una misma etapa del proceso de asimilación a la cultura hispánica.

Sin embargo, de igual valor como indicador resultan las diferencias entre ambos. Mientras que en los cementerios de Caspinchango la forma de inhumación de los adultos en “cistas” es del mismo tipo que en la sociedad santamariana precedente, en Cachi Adentro ha sido reemplazada por un foso con cámara lateral, en una zona donde, precisamente, abundan las tumbas cilíndricas de esa tradición. Por otro lado, se sabe que en Caspinchango ya no se acostumbraba a enterrar a los niños en urnas. En Cachi Adentro se va más allá, se conoce con seguridad que los niños eran enterrados en el mismo tipo de foso que los adultos.

Si bien en ambos se conservaba la costumbre de acompañar al difunto con variado ajuar, la alfarería de los cementerios Rico y Monte Redondo está muy pobremente decorada y aparece en un número inferior de piezas, mientras que en Cachi Adentro, las ollas presentan una mayor variedad y riqueza decorativa, no obstante lo burdo de su ejecución. Además, se

suman numerosos pucos apilados con decoración en negro que en Caspinchango parecen estar totalmente ausentes, al mismo tiempo que los de Cachi acusan estrechas similitudes con las escudillas asociadas en los cementerios de San Pedro de Atacama de igual época hispano-indígena.

Este análisis comparativo nos hace pensar en grupos étnicos en relación mutua que comparten normas culturales de un mismo origen. Pero las diferencias en dos aspectos culturalmente muy significativos como son el tipo de sepulcro y los diseños decorativos, cuando existía en ambas zonas la misma tradición cultural previa, indican que se produjeron trastornos importantes en dichas poblaciones y que al menos en Cachi Adentro, deben haberse producido cambios resultantes del traslado de parte de la población y la llegada de gentes con otras tradiciones, entre el final de la época Inca y el comienzo del Hispano. En cuanto a la alfarería, en los dos sitios ocurrió una pérdida total en lo que se refiere a la morfología y a las normas decorativas Santa María.

Si proyectamos esta evidencia arqueológica, podríamos sugerir que en el siglo XVI, muy probablemente en el primer tercio cuando las provincias del NO. estaban todavía bajo el control Inca, se dejaron de fabricar urnas y vasijas del típico estilo Santa María Bicolor. Este proceso se correlacionaría, a su vez, con la creciente emergencia del estilo Inca Regional, el Inca Paya. Por ende, el hecho que el pueblo de Cachi Adentro conservaba elementos decorativos de ese estilo, mientras que Caspinchango no, plantea dos respuestas alternativas.

Si el sitio tipo del Inca Paya no se debe meramente al azar de los hallazgos arqueológicos de hecho, el foco de desarrollo de este Inca Provincial estuvo en la parte media y norte del Valle Calchaquí en relación con la provincia étnica de Chicoana. La mayor distancia de las comunidades de Caspinchango con respecto a este proceso regional, las habría llevado a una pérdida más rápida de las normas y de la significación simbólica del estilo Inca Paya, o a su no incorporación por predominio de otros procesos alfareos regionales, como el que se relaciona con el tardío estilo Famabalasto y su decoración geométrica en guardas. Una de las más características es la compuesta por series de triángulos y volutas a la cual se aproximan la ornamentación de las ollas de Caspinchango.

La otra alternativa es que Caspinchango documente un momento ligeramente más tardío o más avanzado del proceso de choque cultural con lo europeo. La presencia de loza de Talavera y de cerámica vidriada es un argumento a favor de esta última.

En síntesis, mientras que los datos procedentes de la zona de Cachi apuntan hacia la existencia de una misma entidad sociocultural, la comparación con Caspinchango sugiere la coexistencia de dos grupos étnicos que emergiendo en parte de un mismo origen y en interrelación, acusan dife-

rencias en su proceso de conformación al momento de contacto. De una base tradicional similar, su articulación con el fenómeno regional Inca Paya y las situaciones resultantes de la dominación Inca, habrían sido diferentes, existiendo indicios al menos en Cachi Adentro de complejos movimientos y traslados de población en su constitución étnica. Las similitudes con algunos elementos de San Pedro de Atacama, con Sanagasta en La Rioja, en cuanto a la forma de las ollas y aún ciertas correspondencias con motivos decorativos de estilos distantes como el Collao Negro/Rojo entre otros, son leves indicios que convergen hacia hechos de tal carácter.

5. CONSIDERACIONES FINALES

Visto el desarrollo del tema en sus diversas facetas, comentaremos ahora los resultados obtenidos. En el punto primero, hemos recorrido los principales momentos de la penetración hispánica y en los ítems restantes, la información arqueológica disponible, de cuya correlación se derivan una serie de observaciones.

1. Por el mismo desarrollo histórico de la disciplina arqueológica en nuestro país, no fue claro en diversos investigadores que trataron el tema, que la región andina argentina hubiera formado parte del estado Inca. Hoy los testimonios arqueológicos se van acumulando para demostrar ésto. En consecuencia, en los análisis e interpretaciones dadas, tomaron en cuenta tan sólo dos realidades que entraban en contacto, y éstas en forma bastante estática, los *diaguitas* y el *español*.

2. Hasta la década del setenta, se conocía muy poco de la historia y de la arqueología del valle Calchaquí. Esto llevó a que muchos de los datos del siglo XVI que se refieren estrictamente a este valle y provincia étnica, fueran aplicados para la reconstrucción de la etnografía histórica general de los diaguitas (v.g. la obra de Márquez Miranda de 1946). Del mismo modo, un procedimiento común fue correr la ubicación de los topónimos y pueblos hacia el sur, situándolos en el corazón de Catamarca, dado que de esta zona se conocían importantes centros arqueológicos desde comienzos de siglo y no así en el norte. Ahora sabemos que muchos de ellos pertenecen a sociedades que vivieron con anterioridad en tal área y que nunca entraron en contacto con el español, y si bien existen en el valle de Hualfín y de Abaucán (Sempé 1973) importantes sitios Inca y Colonial, también los hay numerosos en el norte, lo que modifica la perspectiva. Por lo tanto, consideramos necesario reforzar la apreciación original de las fuentes que ya formulara Aparicio (1951), y en este sentido se abren muy buenas posibilidades para un estudio etnohistórico de "Calchaquí" que nucleee y organice los datos provenientes de las diversas disciplinas.

3. Los intentos de fundaciones de ciudades y la acción evangelizadora llevadas a cabo por los religiosos se instrumentaron en todos los casos desde el sur del Valle. Por ende, muchos de los testimonios en uno y otro sentido nos informan en particular sobre esa zona en donde se focaliza la mayor especificidad de los datos.

4. Una situación diferente se da en el sector septentrional del valle. Para los actuales departamentos de La Poma y Cachi no se encuentra una información abundante en las compilaciones publicadas, en cuanto a pueblos y asentamientos indígenas específicos, a excepción de las referencias sobre Chicoana y a algunos datos esporádicos de diversos años sobre los pulares. Pero las existentes son lo suficientemente importantes como para postular la presencia de dicha provincia prehispánica en ese sector, sin dejar de considerar que probablemente se extendió al sur, dada la estimación que menciona Oviedo de que tenía setenta leguas o más de señorío. Evidentemente provincia incaica, es para nosotros, muy sintomática la información que recoge Lozano, con todos los recaudos del caso, sobre

“el pueblo y asiento que llaman de Chicoana que es de la misma jurisdicción de Salta, y dicen tomó este nombre, porque para seguridad de esta conquista, mandó el Inga poner en aquel paraje [. . .] un fuerte presidio, cuya guarnición venía a sus tiempos, desde el valle de Chicoana, cercano a su corte del Cuzco [. . .] y por esta razón llamaron a aquel sitio el Asiento de Chicoana en memoria de su patria.”³³

En el mapa levantado por Levillier en 1942 sobre el imperio incaico, figura Chicuana al sur de Cuzco, entre Cangalla y Ayaviri, en el camino hacia el Collao.³⁴ Estos datos se entroncan con las reflexiones que efectuamos con respecto a las derivaciones del estilo Santa María al Inca Paya y de éste al estilo de Cachi Adentro.

5. De la evaluación de los datos arqueológicos se desprende que son muy pocos los sitios hispano-indígenas conocidos, mientras sabemos por las fuentes históricas que, por lo menos, durante cien años, muchas poblaciones de los valles siguieron viviendo según sus antiguas costumbres y tradiciones. Ergo, existen muy buenas expectativas de detectar estos sitios. Recién cuando se conozcan varios asentamientos bien documentados en diversos sectores, será posible armar la secuencia y reconstruir con mayor exactitud los procesos de cambio pre y posthispánicos que afectaron a los diversos pueblos.

6. Con respecto a la interpretación arribada acerca del sitio de Cachi Adentro, hemos intentado sacar el máximo provecho de la información arqueológica así como buscar otros indicadores cronológicos externos que

³³ Lozano, P. Historia de la conquista . . . , 1874, t.4, p. 8.

³⁴ Levillier, R. Don Francisco de Toledo, 1942, t.3, p. CLXI.

podieran proporcionar los objetos hispánicos asociados. Lamentablemente, los elementos hispánicos en la decoración de la cucharita de plata no son suficientes, como bien lo indica el informe del Sr. Fernández Martínez Berges. Tendríamos, sí, por dicho informe y por la presencia de las *Aggri-Perlen* una referencia cronológica amplia de la segunda mitad del siglo XVI.

Sobre la base de estos objetos de contacto, más los datos derivados del análisis cerámico y de los otros aspectos de la manufactura aborigen, intentamos finalmente una aproximación temporal. Pensamos que, muy probablemente, este cementerio representa a nivel arqueológico algunas de las décadas que van de 1536 a 1588. Nos inclinamos por esta formulación, pues a partir de las campañas de Ramírez de Velasco, que penetró al valle por ese sector central, hubo repartimientos de indios y, quizás, traslados de indios chicoanas, además de la iniciación de la acción religiosa. Eventos todos dislocadores de la sociedad aborigen que desde un punto de vista arqueológico deberían haber dejado señales, aunque fueran mínimas de su presencia.

No obstante, las evidencias arqueológicas no resultan lo suficientemente explícitas como para afirmar esto con precisión. Además, sabemos, por otra parte, que los últimos pulares y los caspiñchangos recién fueron dominados y extrañados después de 1650. Por tanto, el cementerio podría estar ubicado en una época algo más tardía, a fines del XVI o comienzos del XVII, época en que muchas poblaciones, del norte, después del primer colapso de 1588, lograron permanecer al margen de la acción concreta española que se focalizó fundamentalmente en el sur del Valle Calchaquí y el norte de Yocavil.

7. Por último y en proyección hacia el futuro, cabe señalar la necesidad de encarar la búsqueda y el estudio cuidadoso de fuentes históricas no tradicionales, tales como papeles sobre encomiendas y repartos de tierras en archivos provinciales, y datos de registros parroquiales que proporcionen información sobre otros aspectos, como es el caso del origen y distribución de apellidos y familias nativas a través del tiempo. Un antecedente muy importante en este sentido es el estudio sobre encomiendas de indios diaguitas llevado a cabo por Montes (1964). Bajo esas nuevas condiciones, será posible llegar a conclusiones mucho más ricas y precisas tanto en cuanto a las características de los grupos étnicos como en lo que se refiere al proceso de españolización.

Rosario, julio de 1981

Informe acerca de la pieza Nº 440 del Museo Arqueológico de Cachi

En referencia al grabado de una cuchara existente en el Museo Arqueológico de Cachi, Salta, Nº 440 (Fig. 10), según foto que me hiciera llegar; hechos los estudios correspondientes me permito informarle lo siguiente:

Descripción. Los elementos que aparecen claros, son figuras heráldicas. Si bien no es perfecta la forma, evidentemente se trata de una panela, atravesada por una saeta puesta en barra con la punta hacia el cantón diestro del abismo. La *panela*, es una figura en forma de hoja o corazón, de allí que pueda —aunque no correctamente— representarse así, como queriendo con ello significar que atraviesa el corazón; pero es interesante observar en la parte superior del dibujo la pequeña colita en forma de cuña, que define exactamente a esta pieza heráldica. Erróneamente a esta panela pretendió darse la forma de escudete, puesto sobre lo que aparenta ser un águila volante, esto es con alas extendidas, que bien puede darse en armería española. *Técnica.* Se observan faltas graves de técnica heráldica; que sólo pueden ser admitidas en una burda representación a la que más que nada es probable se pretendió dar un significado, o es una mala interpretación por desconocimiento de las reglas heráldicas. La panela como tal, necesariamente debe estar puesta en un campo, que en este caso no existe. Considerando a la panela como un escusón o escudete sostenido por un águila, la saeta que la atraviesa sería simplemente una barra (que no puede estar tajada). En cuanto al significado de la panela, representa en Heráldica el valor guerrero, y era concedida a los caballeros por ello, en sus armerías, que en ningún caso podría tener relación con una barrera sobre sí, ya que esta última es distintiva de los hijos naturales, adoptada como señal de bastardería, que ha dado lugar a la expresión nacido del lazo izquierdo, que se aplicó a los hijos ilegítimos.

En lo que respecta a los colores no puede saberse si están correctos, esto es, metal sobre esmalte o viceversa, ya que en el caso que nos ocupa son todos a “enquerre”.

Resumiendo: Al no registrar los nobiliarios consultados ningún blasón de las características del que tengo a la vista grabados en el cuenco de una cuchara, según foto, no se puede determinar a quien ha pertenecido, admitiendo sí que puede tratarse de un dibujo de aproximación heráldica, netamente decorativo, salvo que conforme parte de un escudo de armas más compuesto (posibilidad no descartable); a lo que debe agregarse que contiene el tipo de trabajo español de postrimerías del siglo XVI.

Oscar L. Fernández Martínez Berges
Instituto Genealógico Heráldico de Rosario

BIBLIOGRAFIA

- AMBROSETTI, J. B., 1902. "El sepulcro de La Paya últimamente descubierto en los valles Calchaquíes (Provincia de Salta)". Buenos Aires. En: *Anales del Museo Nacional* 8 (Ser. 3a., t.1):119-48.
- 1907. "Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya". Buenos Aires, Fac. de Fil. y Letras. En: *Publicaciones de la Sección Antropológica*, 3.
- APARICIO, F. de, 1951. "Nueva luz sobre los calchaquíes". En: *Homenaje a Don Alfonso Caso*. México, Nuevo Mundo:55-68.
- ARDISSONE, R., 1940. "La instalación indígena en el Valle Calchaquí. A propósito del pucará de Palermo". Buenos Aires, Univ. Nac. Cuyo. En: *Anales del Instituto de Etnografía Americana*, 1:169-89.
- BOMAN, E., 1908. *Antiquités de la région andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama*. Paris.
- 1920. "Cementerio indígena en Viluco (Mendoza) posterior a la conquista". Buenos Aires. En: *Anales del Museo Nacional de Historia Natural* 30:501-62.
- CABRERA, P., 1926. "Tesoros del pasado argentino . . .". En: *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, Córdoba, 13 (10-12):4-11.
- CACERES FREYRE, J., 1963. "La cerámica de los diaguitas protohistóricos . . .". Buenos Aires. En: *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología* 4:161-83.
- CARBAJAL, R., 1939. "Una excursión arqueológica a la primera reducción jesuítica del Valle Calchaquí". En: *Revista Geográfica Americana* año 6, 11:431-6.
- CORNEJO, A., 1934. En: *Apuntes históricos sobre Salta*. Buenos Aires, Tall. Ferrari.
- DEAMBROSIS, M.S. y M. DE LORENZI, 1973. "La influencia incaica en la Puna y Quebrada de Humahuaca, República Argentina". En: *Revista del Instituto de Antropología*, Córdoba, 4:129-140.
- DEBENEDETTI, S., 1921. "La influencia hispánica en los yacimientos arqueológicos de Caspinchango (Provincia de Catamarca)". Buenos Aires, Fac. de Fil. y Letras. En: *Publicaciones de la Sección Antropológica* 20.
- FERNANDEZ DE OVIEDO Y VALDES, G., 1851-55. *Historia general y natural de las Indias, islas y Tierra Firme del mar oceano*. Madrid, Real Academia de la Historia. 4 v.
- FOCK, N., 1961. "Inca imperialism in North-West Argentina, and Chaco burial forms". Mendoza, Facultad de Fil. y Letras. En: *Anales de Arqueología y Etnología* 14-15: 53-114.
- FORTUNY, P., 1972. *Nuevos descubrimientos en el Norte Argentino. (Históricos: Salta, Chicoana, etc.)*. Buenos Aires, Edic. Paulinas.
- KRAPOVICKAS, P., 1958-59. "Arqueología de la Puna Argentina". Mendoza, Facultad de Fil. y Letras. En: *Anales de Arqueología y Etnología* 14-15:53-114.

- LARROUY, A., 1914. "Los indios del valle de Catamarca, estudio histórico". Buenos Aires, Fac. de Fil. y Letras. En: *Publicaciones de la Sección Antropológica* 14.
- 1927. Documentos del Archivo de Indias para la historia del Tucumán. Tomo segundo, siglo XVIII. Tolosa, E. Privat. En: *Santuario de Nuestra Señora del Valle. Volumen cuarto*.
- LEVILLIER, R., dir. *Congreso de la Nación Argentina, Colección de Publicaciones Históricas*.
- 1918-22. "La Audiencia de Charcas, correspondencia de presidentes y oidores . . ." Madrid, Imp. Pueyo 3 v.
- 1919-20. "Gobernación del Tucumán; probanzas de méritos y servicios de los conquistadores; . . ." Madrid, Suc. de Rivadeneyra. 2. vls.
- 1920. "Gobernación del Tucumán; papeles de gobernadores en el siglo XVI, . . ." Madrid, Imp. Pueyo. 2. vls.
- 1926. ". . . Papeles eclesiásticos del Tucumán, . . ." Madrid, Imp. Pueyo. 2 vls.
- 1927-28. *Nueva crónica de la conquista del Tucumán, . . .* Madrid, Rivadeneyra. 3 vls.
- 1935-42. *Don Francisco de Toledo, supremo organizador del Perú, su vida, su obra (1515-1582)*. Madrid, Espasa-Calpe. 3. vls.
- LIZONDO BORDA, M., 1943. "Descubrimiento del Tucumán, el pasaje de Almagro, la entrada de Rojas, el itinerario de Matienzo: (1543)". Tucumán, Univ. Nac. Instituto de Historia, Lingüística y Folklore. En: *Sección Histórica* 11.
- LOZANO, P., 1873-75. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de La Plata y Tucumán*. Buenos Aires, Imp. Popular, 1874, 4 vls.
- MAIDANA, R., T. CHAFATINOS y A.N. ARIAS, 1966. *Papachacra (Un yacimiento arqueológico en Los Valles, Dpto. de Tilcara, Provincia de Jujuy)*. Salta.
- MARQUEZ MIRANDA, F., 1946. "Los Diaguitas. Inventario patrimonial, arqueológico y paleo-etnográfico". En: *Revista del Museo de La Plata* N.S., 3, Secc. *Antropología*:5-300.
- MONTES, A., 1959. "El gran alzamiento diaguita (1630-1643)". En: *Revista del Instituto de Antropología*, Rosario, 1:81-159.
- 1964. "Encomiendas de indios diaguitas documentadas en el Archivo Histórico de Córdoba". En: *Revista del Instituto de Antropología*, Córdoba, 2-3:7-29.
- NUÑEZ REGUEIRO, V.A. y M.N. TARRAGO., 1972. "Evaluación de datos arqueológicos: ejemplos de aculturación". Salta, Museo Arqueológico de Cachi. En: *Estudios de Arqueología* 1:36-48.
- QUIMBY, G.I., 1966. *Indian culture and European trade goods*. Madison, The University of Wisconsin Press.
- REYES GAJARDO, C., 1958. "Poblaciones indígenas del Valle Calchaquí". En: *Revista del Instituto de Antropología*, Tucumán, 8:23-59, (1955-1957).

- ROWE, J.H., 1944. "An introduction to the archaeology of Cuzco . . . Cambridge". *Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University*, 27, Nº 2.
- SEMPE de GOMEZ LLANES, M.C., 1973. "Últimas etapas del desarrollo cultural indígena (1480-1690), en el valle de Abaucán, Tinogasta, provincia de Catamarca". En: *Revista del Museo de La Plata N.S., Secc. Antropología*, 8:3-46.
- STRUBE ERDMANN, L., 1963. "Vialidad imperial de los Incas". Córdoba, Univ. Nac. En: *Ins. de Estudios Americanistas, Serie Histórica* 33.
- TARRAGO, M.N., 1974. "Aspectos ecológicos y poblamiento prehispánico en el valle Calchaquí, provincia de Salta, Argentina". En: *Revista del Instituto de Antropología*, Córdoba, 5:195-216.
- 1979. "La localidad arqueológica de Las Pailas, provincia de Salta, Argentina". Santiago, Kultrún. En: *Actas VII Congreso de Arqueología de Chile*, 2:499-517 (1977).
- y M. DE LORENZI., 1976. "Arqueología del valle Calchaquí". En: *Etnia*, Olavarría, Museo Etnográfico Municipal Dámaso Arce, Nº 23,-24, art. 87:1-35.
- y P.P. DIAZ, 1972. "Sitios arqueológicos del valle Calchaquí". Salta, Museo Arqueológico de Cachi. En: *Estudios de Arqueología* 1:49-61.
- TECHO, N. de, 1897. *Historia de la provincia del Paraguay y de la Compañía de Jesús . . .* Madrid, A. de Uribe, 1897. 5 v.
- VERGARA, M.A. y C.G. ROMERO SOSA, 1968. "Historia de la iglesia y órdenes religiosas en el Tucumán, Chaco y Cuyo (1550-1810)". En: *Historia Argentina* dir. por R. Levillier. Buenos Aires, Plaza & Janés, 2 vls: 1599-1679.

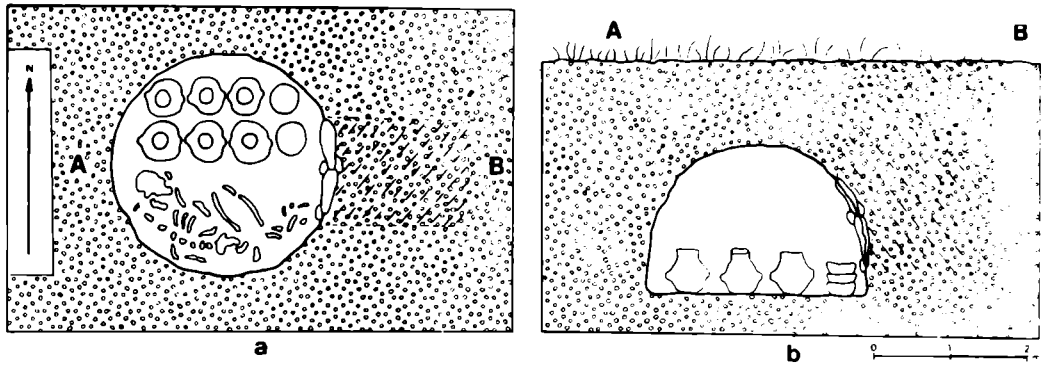


Figura 1. Planta (a) y perfil (b) esquemático de una tumba de Cachi Adentro.

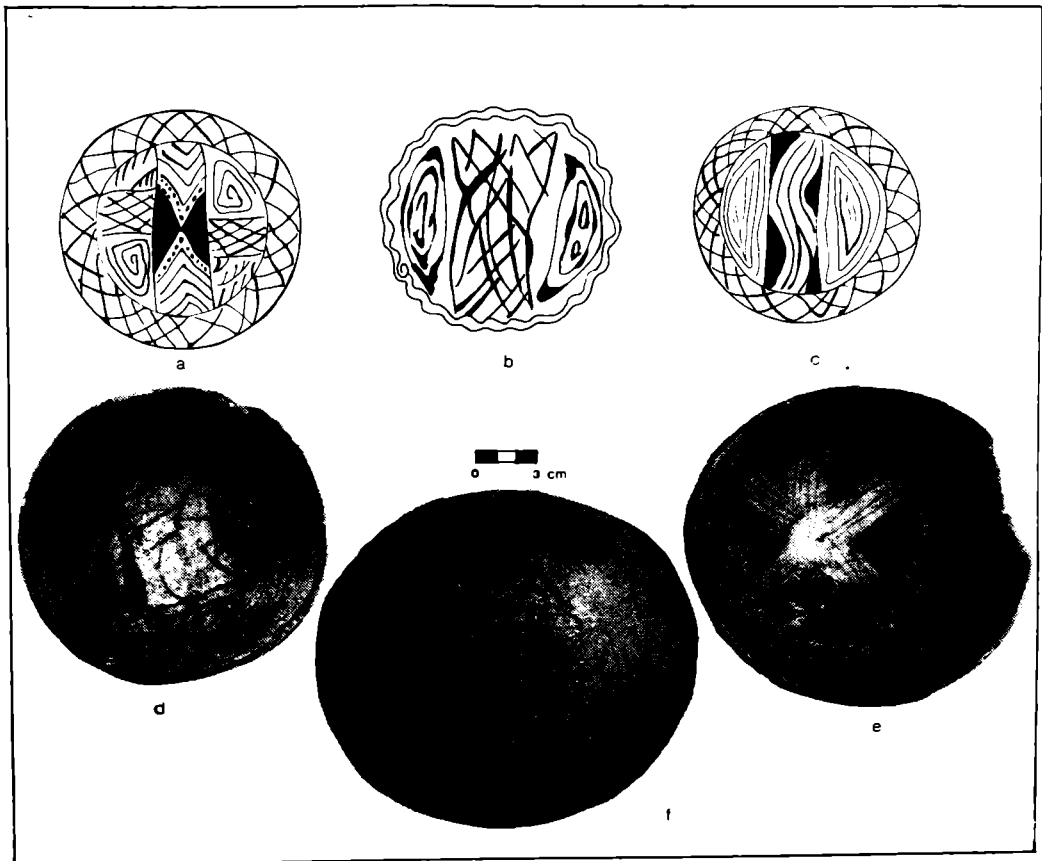


Figura 4. Forma IV: Escudillas. a) N° 301, b) N° 426, c) N° 451; d) N° 427, e) N° 364, f) N° 395.

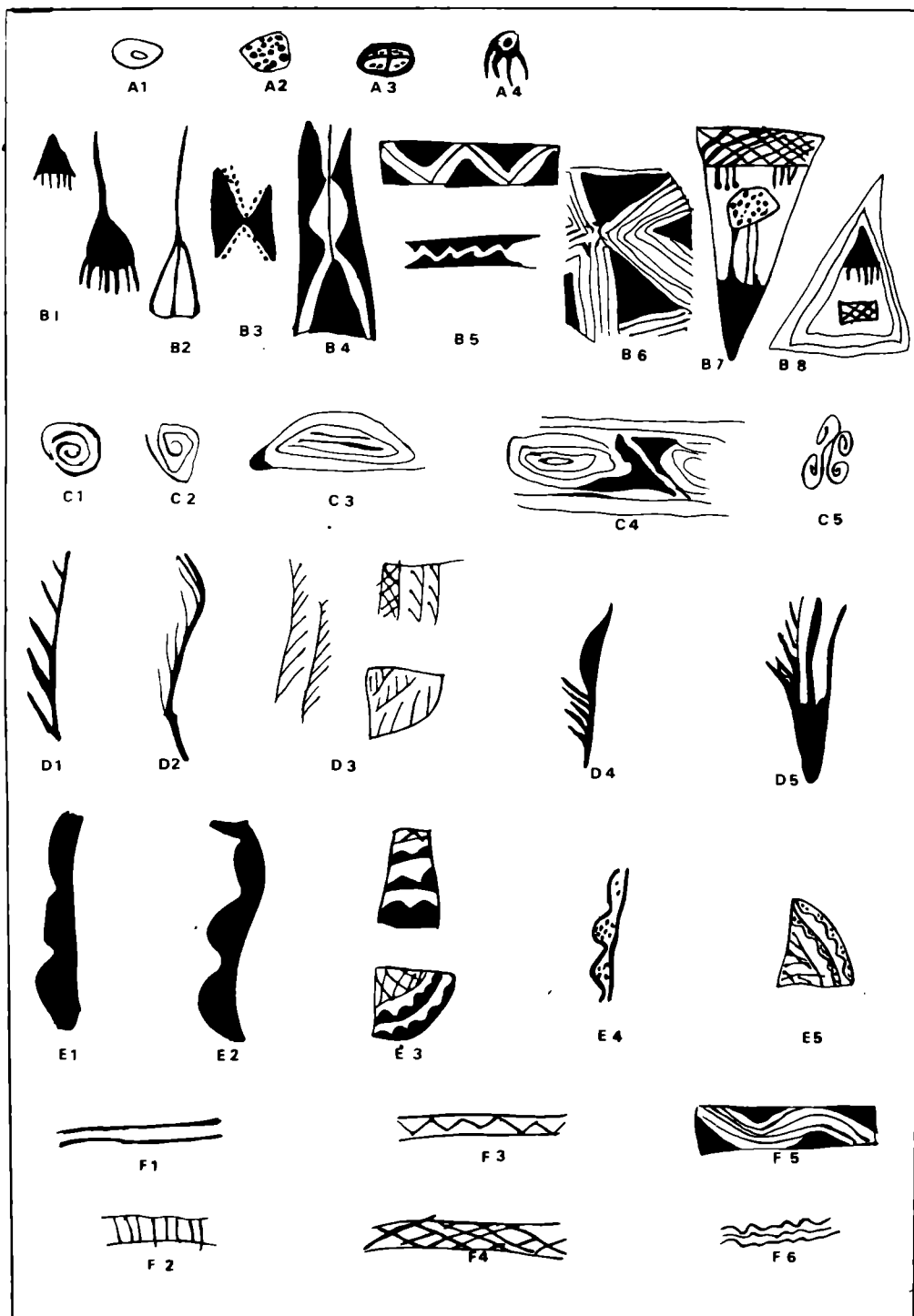


Figura 2. Clasificación de motivos de la alfarería.

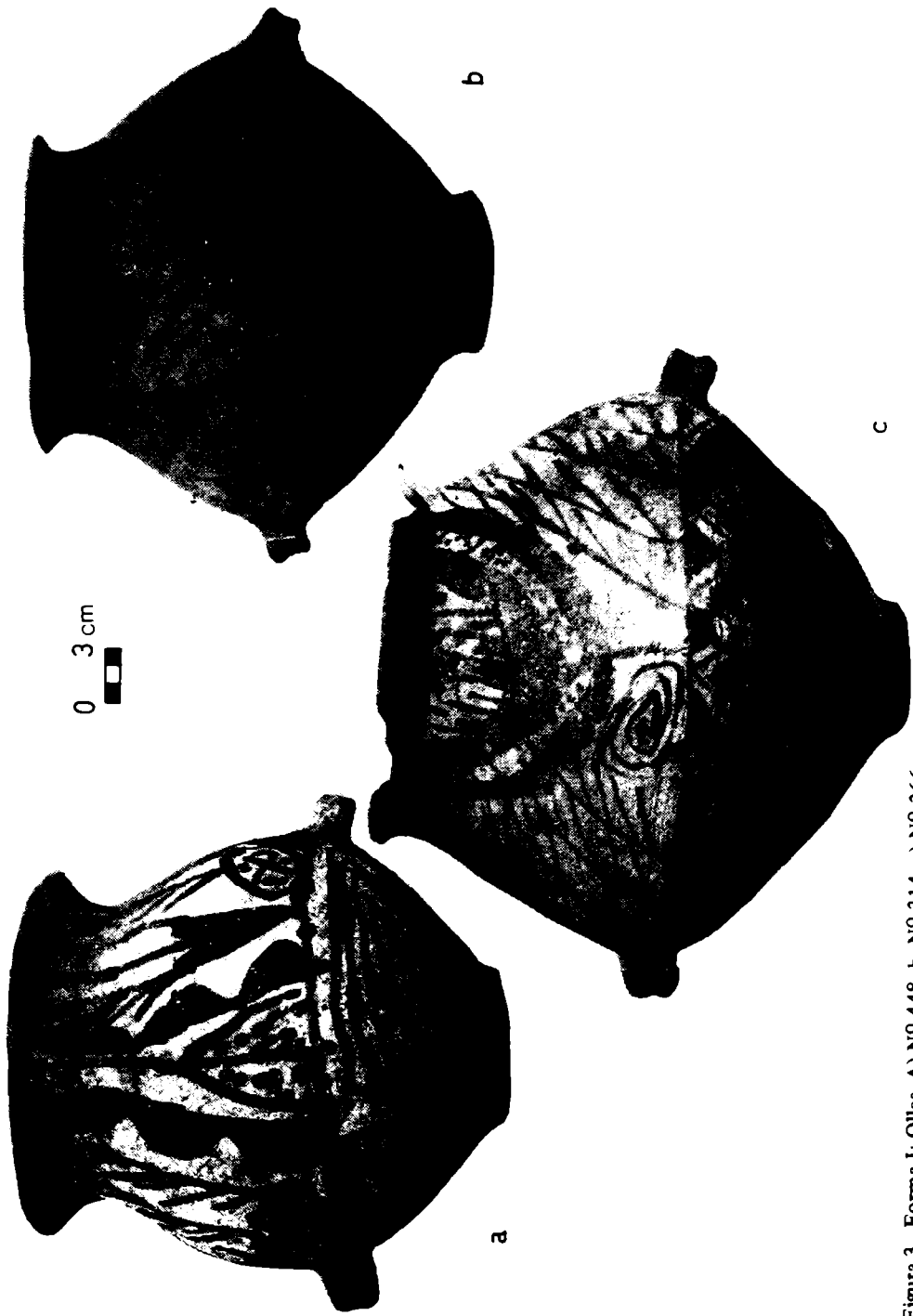
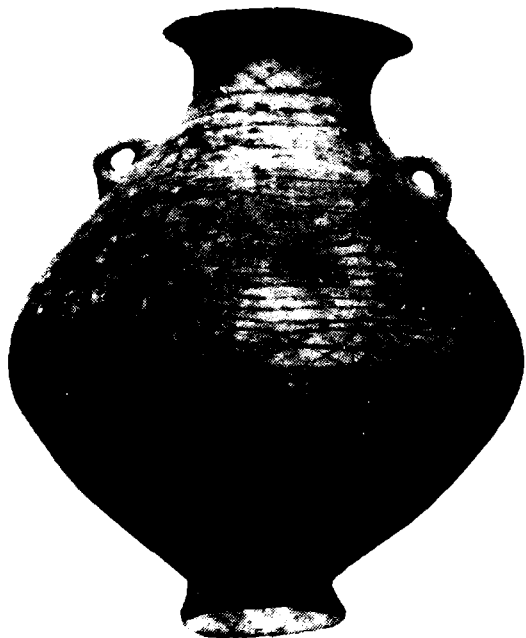


Figura 3. Forma I: Ollas. A) N° 448, b, N° 314, c) N° 366.



a



b

0 3 cm



c



e

0 3 cm



d



f

Figura 5. Ejemplares cerámicos únicos. a) Botellón N° 449, b) N° 263, c) N° 453, d) N° 454, e) Botellón N° 450, f) No 452.



Figura 6. Objetos de cobre y de oro. a) y b) discos N° 518 y 519, c) anillo N° 523 y 524, d) rueda N° 520, e) cincel N° 516.



Figura 7. Objetos de hierro. De izquierda a derecha, N^{os} 275, 526, 528, 529, 527 y 530; inferior N^{os} 274, 488, 435, 532 y 533.

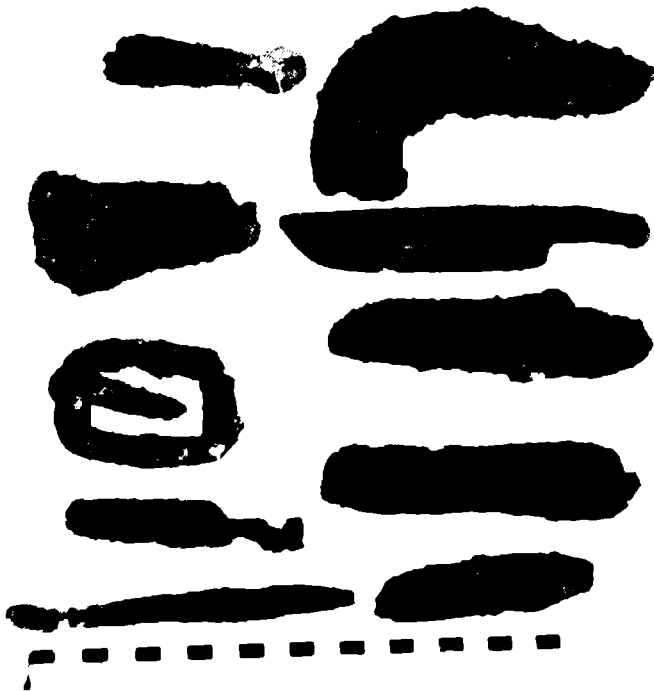


Figura 8. Cucharita de plata N^o 440.

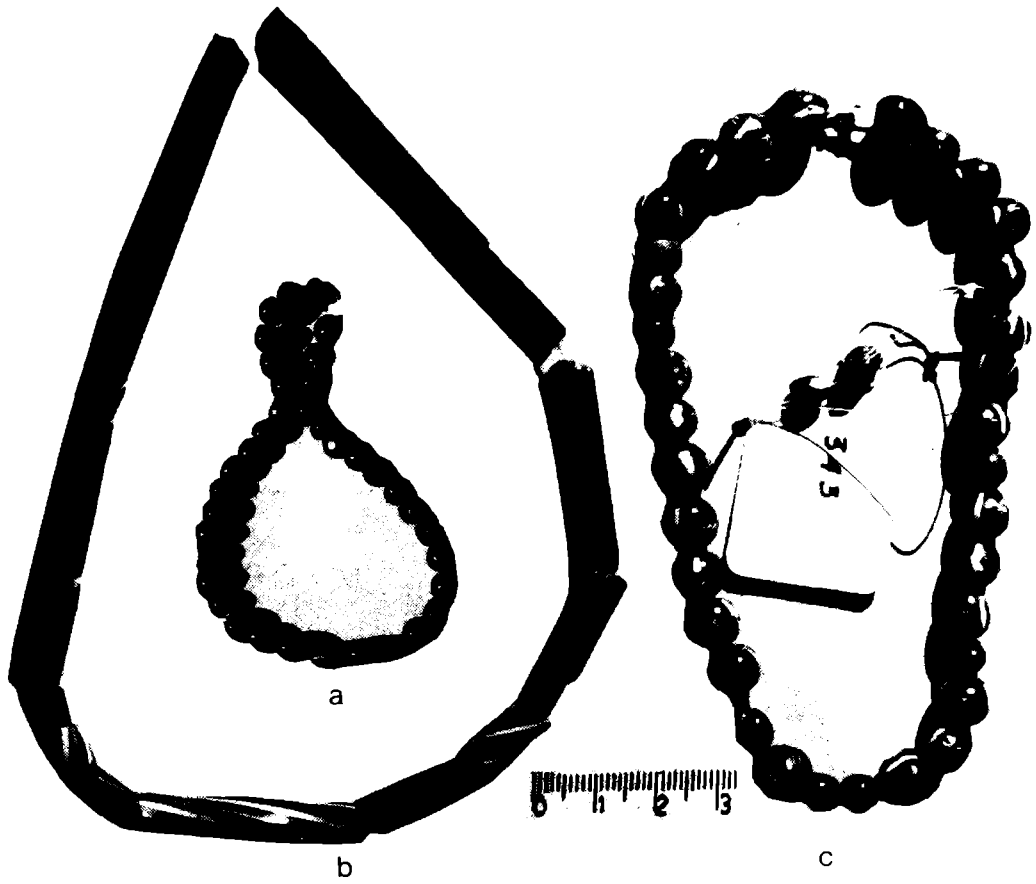


Figura 9. Collares de vidrio. a) N° 350, b) N° 347, c) N° 345 y 343.